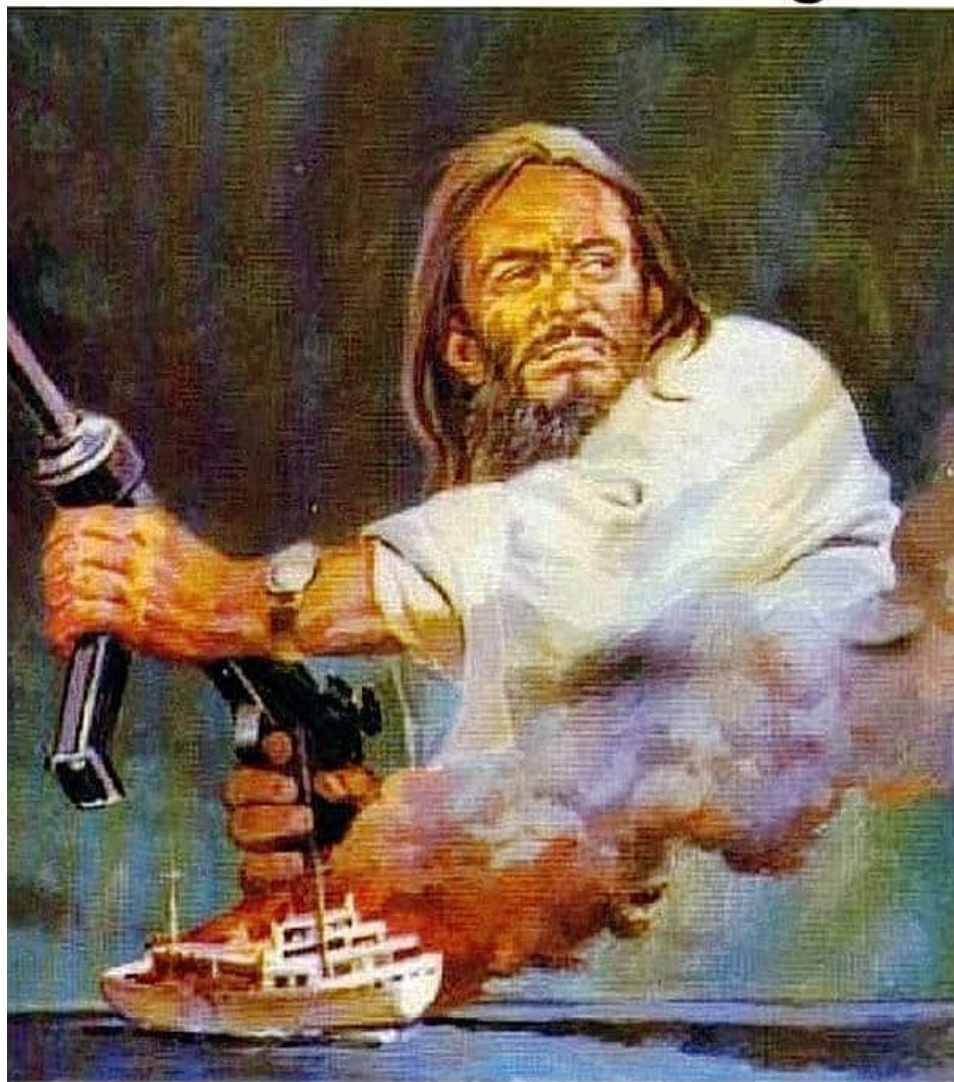


BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

EL GRAN BRUJO

Lou Carrigan



—Hola, desgraciado, ¿puedo pasar?

La frase no era ciertamente afortunada, así que Jim Oversham se quedó mirando malignamente a quien la había proferido. ¿Qué hacer con él? ¿Partirle la cara? ¿O sería suficiente romperle los dos brazos, la nariz y la boca, y dejar la cara para otra ocasión?

Bueno, la verdad es que en un instante mil soluciones pasaron por la vivaz mente de Jim Oversham, pero al final se decidió por la más pacífica y cortés de todas:

—Cómo no, pedazo de cabrón —sonrió—. Pasa, hombre, pasa.



Lou Carrigan

El gran brujo

Bolsilibros - Punto rojo - 1035

ePub r1.1

Lds 05.01.18

Título original: *El gran brujo*

Lou Carrigan, 1982

Colección

PUNTO

ROJO

n.º 1035. Bruguera – 1982

Colección

PUNTO

ROJO

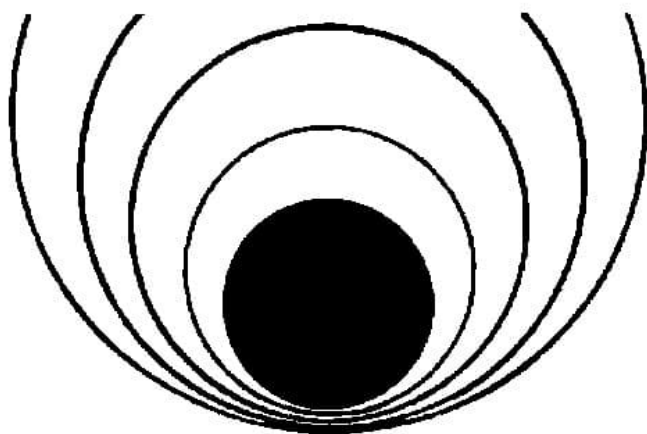
n.º 32. Ediciones B – 1992

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





PUNTO ROJO

CAPÍTULO PRIMERO

—Hola, desgraciado, ¿puedo pasar?

La frase no era ciertamente afortunada, así que Jim Oversham se quedó mirando malignamente a quien la había proferido. ¿Qué hacer con él? ¿Partirle la cara? ¿O sería suficiente romperle los dos brazos, la nariz y la boca, y dejar la cara para otra ocasión?

Bueno, la verdad es que en un instante mil soluciones pasaron por la vivaz mente de Jim Oversham, pero al final se decidió por la más pacífica y cortés de todas:

—Cómo no, pedazo de cabrón —sonrió—. Pasa, hombre, pasa.

Lo de cabrón iba por Norton Wolf, el cual se limitó a reír desdeñosamente y a entrar en el mugriento apartamento de Jim Oversham. Pero, tras la risa de Norton Wolf, sonó otra que puso los cabellos de punta a Oversham.

Vio a la chica riente cuando Wolf entró, dejándola ineducadamente tras él. Pero esto era propio del cabrito de Norton Wolf, tipo grosero y engreído donde los haya. Ciertamente que era el número uno del periódico en el que trabajaban ambos, pero eso no era motivo para darle la espalda a aquella preciosidad, y pasar antes que ella.

Es que lo era. Una preciosidad. De verdad.

Era rubia, alta, de cuerpo armonioso, ojos claros, boca sonrosada y sonrisa espontánea y fresca. Esto le gustó a Jim Oversham: espontánea y fresca. Pero es que así era la sonrisa de la muchacha que acababa de reír: espontánea y fresca. Además, como suele decirse en el terreno vulgar, estaba como un tren, porque la armonía de su cuerpo estaba construida sobre curvas y más curvas, todas ellas de lo más vistoso, concreto y perfecto.

—Caray —dijo Jim Oversham tras los segundos de pasmada

admiración—, ¡qué pechos!

—¿Te gustan? —preguntó ella, la rubia desconocida.

—¡Huy! ¿Me los como?

—Quizás otro día —aplazó la preciosidad—. ¿Puedo pasar yo también?

Puso un dedito sobre un hombro de Jim Oversham, empujó delicadamente, y entró en el apartamento. Jim Oversham se aseguró de que no quedaba en el pasillo ninguna chica como aquella —cosa que le pareció imposible—, cerró la puerta, y se fue en pos de la muchacha, que, siguiendo las huellas del engreído Norton Wolf, iba hacia el saloncito del apartamento.

Era una pena. El saloncito. No es que fuera pequeño o estuviera sucio en exceso, pero era una pena en cuanto a desorden. Norton Wolf, que ya había llegado y se estaba sirviendo una copa de la botella de *whisky* de Jim Oversham, miró a éste y dijo:

—Coño, Jim, ¡vaya mierda de sitio!

Oversham entornó los párpados. Odiaba a Norton Wolf. Desde lo más hondo de su cuerpo, o quizá de su alma, odiaba a Norton Wolf hacía un montón de tiempo. Y ello porque Norton Wolf era mejor periodista que él —hasta que se demostrase lo contrario—, ganaba un montón de pasta al año, y era el mimado del periódico. ¡Y encima llegaba con aquella rubia que tiraba de espaldas!

—Pues si no te gusta, te vas —replicó Jim Oversham—. Pero puedes dejarme a la rubia. La cuidaré bien, palabra.

—Menos mal, porque ella ha venido a quedarse —dijo Norton Wolf—. Bueno, Mary, éste es Jim. Jim, ella es Mary. Mary Marlin.

—¿Qué tal, Jim? —Tendió la mano Mary Marlin.

Jim Oversham, alto, guapo, viril y desafortunado en la vida, se acercó a Mary, más o menos sonriendo y diciendo:

—Estupendamente, chica. Encantado de conocerte.

Llegó ante la muchacha, desdeñó la mano, le abrazó por la cintura con el brazo derecho, puso la mano izquierda sobre el pecho derecho de ella, la atrajo, y la besó en la boca...

Al instante siguiente, todo lo que sabía Jim Oversham de la vida era que le dolían horribilmente lo que en fino se llama órganos genitales, y que estaba encogido ante la muchacha, mirándola con ojos desorbitados. Justo en ese instante, ella volvió a golpearle, pero no esta vez con la rodilla y en la mencionada parte, sino con la

punta de un pie y en la barbilla. Jim Oversham profirió un gemido, y se fue hacia atrás, para sentarse sobre el duro suelo y finalmente caer de espaldas.

Cuando tras conseguir sentarse, sacudió la cabeza y la visión se le aclaró, vio junto a él a Norton Wolf, tendiéndole un vaso de *whisky* y diciéndole:

—Debí advertirte, pero no me diste tiempo. Eres demasiado decidido, Jim, desgraciado. Aunque debo admitir que a mí me pasó lo mismo la primera vez que intenté algo con Mary.

Palabras, palabras, palabras. A Jim Oversham le dolía la barbilla y el otro sitio, pero tomó el vaso, y fue a sentarse en uno de los viejos sillones de su salita. Bebió un sorbo, miró a la muchacha, y masculló:

—¿De qué jaula la has sacado?

—Es karateka —explicó Norton Wolf.

—¡Aaaaah...! —exclamó Jim.

—Ya sabes: una de esas chicas que han aprendido a andar por la vida solitas, soltando mamporros a los tipos que no les gustan.

—Pues yo me tengo por guapo —masculló Jim, tocándose la barbilla.

—Y lo eres —dijo Mary Marlin—. Pero también eres un manazas.

—También es fotógrafa —explicó Norton Wolf—. Una buena fotógrafa, hay que admitirlo. Sus cámaras están abajo, en mi coche. Si te parece bien, ella las irá a buscar, y pasará la noche aquí, en tu apartamento.

Jim Oversham dejó de sorber *whisky*, miró a Wolf, miró a la muchacha karateka, y soltó un gruñido.

—Oye, o tú eres un sádico o crees que yo soy un masoquista... —farfulló—. ¡Claro que una nena como ésta no pasa la noche en mi apartamento!

—Es que todavía no ha encontrado uno que le guste aquí, en Nueva York —explicó Wolf—, y pensamos que sería amable por tu parte admitirla por esta noche.

—¿Quiénes pensasteis eso?

—Pues el señor Merrywale y yo.

El semblante de Jim Oversham se iba tornando más y más hosco. El señor Merrywale, dicho sea simplemente, era su jefe, el

Director del periódico en el que trabajaban Norton Wolf y él, con diferente fortuna y éxito, desde luego.

—Ah... —dijo—. Si lo pensó el señor Merrywale debe ser una buena idea.

—¿Verdad que sí? —sonrió burlonamente Norton Wolf—. Pasa que al señor Merrywale le cae muy bien Mary. Ha visto fotografías suyas en varias revistas de esas tontas, y la ha contratado. Y para darle a la chica una buena entrada en el mundo de la prensa importante, ¿qué se le ha ocurrido al señor Merrywale?

—¿Qué se le ha ocurrido?

—Pues nada más y nada menos que endosarme como compañera fotógrafa a Mary. ¿Qué te parece?

Jim Oversham miró de arriba a abajo a Mary Marlin, que permanecía de pie. Era un monumento. ¡Una joya de tamaño natural!

—Si yo fuese tú —graznó—, no lloraría por ello. Aunque no creo que tengas mucha suerte con ella, pues eres feo, Norton.

—No se puede tener todo en la vida —suspiró el famoso Wolf—. Yo soy feo, pero un periodista famoso. Tú eres guapo, pero no eres nadie en la profesión. Cosas de la vida. ¡Ah, esta puerca vida injusta y cruel que...!

—Maldita sea —cortó Jim—, ¿cuál es el juego? Te presentas aquí con una chica que sacude como una mula, me llamas desgraciado, me endosas a la chica como si fuese un paquete... ¿Qué es lo que quieres, si puede saberse de una puñetera vez?

—Así me gustan a mí las conversaciones —dijo Norton Wolf, empujando un sillón hacia Jim y sentándose frente a él—. Mira, Jim, vamos a hacernos un mutuo favor, ¿de acuerdo?

—Oye, tú...

—Tranquilo. Estoy hablando en serio, no en sentido figurado. Ni a ti ni a mí nos van esas cosas... aunque yo sea feo. Precisamente, por ahí van los tiros. Verás, yo tengo hace días un pequeño... asuntillo, ¿comprendes? No es como Mary, pero vaya, tampoco está como para desperdiciarlo...

—¡Hombre, no me digas! —sonrió Jim Oversham de oreja a oreja. —¿Te estás liando con una chica, fanfarrón?

—Más o menos. Escucha, tengo una perspectiva de un fin de semana de auténtico infarto, Jim. Ya sabes, ¿no? Una cabañita cerca

de un lago, el sol, la noche, la música, el champaña... ¿Eh? ¿Eh?

—¿No necesitas un camarero?

—¡No! —rió Norton Wolf—. Lo que necesito es poder disponer de este fin de semana libre. Y el fin de semana empieza mañana, viernes. ¿Y sabes qué pretende que yo haga durante el fin de semana ese maldito señor Merrywale?

—¿Qué pretende?

—¡Que trabaje!

—¡Horror! —Se espantó socarronamente Jim Oversham.

—Y yo he pensado: «¿por qué no darle una oportunidad al simpático y buen muchacho llamado Jim Oversham? ¿Eh? ¿Por qué no darle una oportunidad?». Eso he pensado.

—Norton —sollozó Jim—, ¡voy a llorar de agradecimiento!

—De modo que yo me voy a ir con la chica que tengo en el cesto este final de semana, y tú te vas con Mary Marlin a hacer un trabajo en mi nombre. Ella hará las fotos. Y tú escribes. Luego vuelves a Nueva York, yo leo lo que hayas escrito, lo corrijo, y lo firmo. Y, Jim, ¡fíjate bien en esto, muchacho! ¡Si el artículo que tú escribas en mi nombre me gusta, te dejaré que lo firmes conmigo, que pongas tu nombre debajo del mío! ¿Te imaginas? Un artículo, bla, bla, bla, y al final, eso de por NORTON WOL

F y J.

O...

—Por NORTON WOL

F y J.

O. —masculló Jim Oversham.

—¡Fantástico!, ¿no te parece?

Mary Marlin se echó a reír, se sirvió un poco de *whisky*, y encendió un cigarrillo. Jim Oversham miraba aviesamente a Norton Wolf, y por fin, dijo:

—Norton: cualquier día me daré el gusto de apartarte de mi camino con unas cuantas patadas en el culo. Lo que me estás ofreciendo significa ni más ni menos que mientras tú te diviertes yo trabajo para ti, y que, haga lo que haga, siempre seré un segundón. Un don nadie.

—No te lo tomes así, hombre. Míralo por el lado bueno: ¡pasarás todo el fin de semana con Mary Marlin! ¿Acaso no te gusta la chica?

Ella volvió a reír. Jim Oversham miraba torvamente de uno a

otro. La situación, por muy jocosamente que hubiera sido expuesta, no se escapaba a su comprensión, ni mucho menos. Norton Wolf, el gran fanfarrón, sabía que no tenía nada que perder, y que si aquel problema no se lo solventaba Jim Oversham se lo solventaría cualquier otro colega.

—¿Adónde tendría que ir y qué es lo que tendría que hacer? —murmuró.

—Tendrías que ir a Chesapeake Beach, o por ahí cerca, y luego ir a visitar al Gran Brujo, que está en una lujosa villa de Prince Frederick...

—¡El Gran Brujo! ¿Te refieres a Abenamar Edgewater?

—Exacto. ¿Le conoces?

—¡Hombre, conocerlo...! ¡He leído muchas cosas sobre él! ¡Es un tío fantástico!

—Pues mira, estás de suerte. Se trata de hacerle una entrevista a él.

—¡Pero si precisamente hace pocos días apareció una...!

—Ya, ya, ya. Pero el jefe quiere una entrevista *diferente, sensacional*. ¿Comprendes? Y todo ello, precisamente por la última predicción que ha hecho ese brujo. Te has enterado, supongo.

—¿Te refieres a lo del cataclismo sísmico en Washington?

—Veo que estás muy bien enterado, Jim.

—Me gusta el tema. ¡Eso de ser vidente, clarividente, adivino, futurólogo y todo eso me entusiasma! Aunque no sé, quizá esta vez se equivoque el Gran Brujo...

No me imagino un terremoto o algo parecido en Washington, francamente. Claro que también las demás predicciones parecían una locura... y se cumplieron.

—Me parece que estás más enterado que yo... —dijo Wolf—. A ver, explícame algo de eso.

—Bueno, por ejemplo, hace unos meses el Gran Brujo predijo que sucedería una terrible desgracia en una escuela para niños, en una localidad llamada Medford, en Wisconsin; pues bien, unos días más tarde se produjo una explosión en las instalaciones de la calefacción a gas de una escuela de esa localidad, y entre la explosión y el incendio que la siguió murieron catorce niños...

—Dios mío —gimió Mary Marlin.

—Sí —la miró mohíno Jim Oversham, ya sin bromitas—. Fue

algo muy serio. Luego, lo del aeropuerto

O'Hara,

de Chicago... El Gran Brujo advirtió a la dirección del aeropuerto que debían prepararse para afrontar una terrible catástrofe en la semana del doce al dieciocho de enero; pues bien, el día catorce un avión se estrelló al despegar, y seis personas murieron a consecuencia del accidente, mientras cuarenta y tantas tenían que ser llevadas de urgencia a diversos hospitales, afectadas de quemaduras y lesiones en diversos grados. Y todavía hay más... A principios de primavera se produjo una extraña epidemia de efectos gastrointestinales en el Sur de Arizona... Casi tres semanas antes, el Gran Brujo había advertido a las autoridades sanitarias que examinaran muy meticulosamente los servicios de agua potable del estado, y no le hicieron caso. ¡Y llegó la epidemia! Ah, y en febrero advirtió de una catástrofe ferroviaria en Arkansas...

—¿Y se produjo la catástrofe? —exclamó Mary Marlin.

—¡Por supuesto! A los pocos días, un tren de mercancías descarriló, produciendo pérdidas por varios cientos de miles de dólares en mercancías, si bien, esta vez, no hubo muertos, sólo resultaron heridos algunos empleados de la máquina conductora. Tres semanas después...

—Bueno, bueno —farfulló Norton Wolf—, a mí no tienes que convencerme. ¡Chico, esto es un trabajo a tu medida, Jim! ¿Qué te parece mi oferta?

—De acuerdo —aceptó Jim Oversham.

—¿De veras? Bueno, ya sabes que ese brujo está en Prince Frederick, pero que después de conceder entrevistas se cierra como una ostra hasta la siguiente, así que no será fácil que te reciba. Claro que si utilizas mi nombre todo te será más fácil.

—Qué bien. De modo que seré Norton Wolf.

—Así todo te será más fácil.

—Ya. Y si el señor Merrywale se interesa por las andanzas de Norton Wolf es posible que sepa que está en algún sitio cerca de Prince Frederick, rondando al Gran Brujo, y eso le deje muy satisfecho.

—Hombre, tampoco hay que desdeñar eso —sonrió Wolf.

—Bueno, está bien. Lárgate.

—Espera, espera. Te diré cómo debes enfocar el asunto...

—Oye, Wolf —le miró fijamente Jim Oversham—, tú a mí no tienes que decirme ni el nombre de tu abuela, amiguito. Porque si has tenido más suerte que yo, de acuerdo, y si te has convertido en un primera serie, te felicito... Pero a mí no vengas a decirme cómo se escribe un reportaje ni cómo se trata a una chica. ¿Entiendes?

—Tranquilo, tranquilo... —rió Wolf—. Pero yo diría que no te ha ido muy bien con Mary, ¿eh? Bueno, bueno, no te enfades. Mira, a mí lo que me interesa es que este fin de semana se diga que Norton Wolf está rodando a ese brujo para hacerle un reportaje especial y todo eso, y que traigáis algunas fotografías... Lo demás, me tiene sin cuidado, pues si he de ser sincero es un asunto muy poco interesante para un periodista de mi categoría. Pero, en fin, si el artículo que traes es bueno, lo firmarás conmigo.

—Wolf, ya me estás tocando las narices.

—Está bien. —Norton Wolf se puso en pie—. Entonces, ¿la chica se queda contigo?

—Sí. Saldremos mañana en mi coche hacia allá.

—Caramba —sonrió Wolf—, ¡toda la noche por delante en compañía de esta preciosidad! ¡Es la oportunidad de tu vida, Jim Oversham! Ah, nena, si bajas conmigo te daré tus cámaras y demás pertenencias... ¡Y que te diviertas! La verdad es que Jim es un buen muchacho, ya lo verás... Apuesto a que hasta te invita a cenar.

* * *

La verdad era que la cena había resultado agradable, y hasta divertida. Sí, tenía que admitirlo. Todavía, recordando algunas de las aparentes tonterías de Jim Oversham, Mary Marlin sonreía, mientras se desnudaba, ya un poco tarde, dispuesta a dormir a pierna suelta hasta el día siguiente, cuando ella y el falso Norton Wolf emprenderían el camino hacia Prince Frederick, en el Estado de Maryland...

Justo cuando estaba completamente desnuda y buscando en su maleta el breve pijamita de verano para ponérselo y acostarse, Mary Marlin oyó las pisadas tras ella, y se volvió vivamente. En el umbral del dormitorio, Jim Oversham —perdón: el nuevo Norton Wolf— la contemplaba muy sonriente. En los brazos llevaba una almohada y una sábana.

—Hola —saludó—. Verás, he pensado que como mi cama es bastante grande, y en el sofá hace mucho calor...

—Señor Wolf —se colocó ella de costado—, se está usted jugando las narices.

—Escucha —señaló él hacia fuera—, sólo se trata de que el sofá es como un nido de fuego. Ya verás, ve a probarlo y te convencerás de ello.

—Escucha, estoy cansada, no tengo ganas de discusiones tontas. Antes has sido tan amable de cedermé tu cama, y has aceptado dormir en el sofá. No lo estropees, Norton.

—Jim... —Gruñó éste—. Jim Oversham.

—Será mejor que nos acostumbremos a tu nuevo nombre. De modo que ya lo sabes, Norton: déjame tranquila.

—No hay para tanto —gruñó Norton Wolf—. A fin de cuentas, mis intenciones eran buenas.

—¿A qué llamas tú buenas intenciones?

—Mujer, quería echar un par de polvos... ¿Eso no son buenas intenciones?

—Debo admitir que sí. Malas intenciones serían, por ejemplo, que quisieras estrangularme, o algo así.

—¡Ajajá! ¿Ves, mujer, como todo puede...?

Norton Wolf. —Jim Oversham todavía— dio un par de pasos más hacia Mary Marlin. Ésta terminó de colocarse de costado, alzó la pierna derecha, y la recogió, bien flexionada. La estampa era bellísima, pero Norton Wolf sabía la que le esperaba si daba un solo paso más: de un solo golpe, aquella encantadora criatura podía dejarlo sin dientes. Y tampoco era cosa de conseguir por la fuerza algo tan placentero.

—Está bien —gruñó—. Pero si hablásemos de...

—Al sofá —señaló ella hacia fuera del dormitorio.

—Lo que yo quería decirte...

—¡Al sofá!

Norton Wolf se retiró hacia la puerta, y desde allí se volvió a mirar el espléndido cuerpo femenino. Mary bajó la pierna que había preparado para el tremendo impacto, y su belleza todavía se puso más en evidencia.

—Te lo advierto —alzó un dedote Norton Wolf—, si ahora me voy al sofá, no acudiré luego aunque me lo supliques, porque...

—¡Al sofá!

—¡Al cuerno! —aulló Norton Wolf.

Y salió de la habitación dando un portazo.

CAPÍTULO II

El motel tenía el nombre de «Delys», y estaba enfrente de la playa. Tenía jardines con palmeras, y una piscina un tanto apartada del núcleo de cabañas, de modo que la zona de recreo y la de alojamiento quedaban tranquilizadamente separadas. Era un lugar precioso, silencioso, limpio, casi de lujo.

El señor Wolf y la señorita Marlin llegaron allá a última hora de la tarde del viernes, en coche. El señor Wolf llevaba un sombrero Panamá con una plumita verde en la cinta negra, y la señorita Marlin iba provista de tres cámaras fotográficas. La imagen que daban era perfecta: él, un desenvuelto periodista; ella, una eficiente y bien equipada fotógrafa. El señor Wolf era alto, musculoso y resultaba increíblemente atractivo pese a no ser lo que se llama «guapo». La señorita Marlin tenía un cuerpo de sensación, era rubia, y llevaba lentes de sol. Parecía muy bonita, pero quizá se pintaba la boca de modo exagerado.

Se apearon los dos del coche, delante de la cabaña conserjería, y el señor Wolf señaló hacia la playa.

—¿Qué te parece? ¡Ya estamos en Chesapeake Beach! ¡Éste sí es un lugar precioso!

—Sí que lo es —asintió la señorita Marlin—. Tomaré algunas fotos mañana.

—¡Buena idea! Pero no gastes todas las cargas: recuerda que estamos aquí para fotografiar al Gran Brujo.

—Lo recordaré.

Entraron en la conserjería, cuyo encargado, vestido deportivamente, pero con pulcra seriedad, les acogió con una sonrisa lanzada desde detrás del mostrador.

—Buenas tardes —saludó—. ¡Sean bienvenidos!

—Gracias, pollo —dijo el señor Wolf, acodándose en el mostrador—. Apuesto a que tiene usted una cabaña libre para unos cansados viajeros: señor y señora Wolf.

—Me encanta poder decirle que sí, señor Wolf.

—Estupendo. Oiga, este motel está muy bien, ¿sabe? Pero hay algo que me tiene intrigado: ¿qué significa la palabra «Delys»?

—Significa *Delicious*, esto es, *delicioso*. Pero nos pareció que era muy larga y vulgar, y la dejamos en «Delys».

—Admirable sentido de la economía verbal. ¿Qué confortable cubículo piensa usted asignarnos para que reposen nuestros maltrechos esqueletos?

—¿Eh?

—La cabaña.

—¡Ah! Precisamente está libre la siete, que es una de las mejores.

—Pues nosotros no queremos una de las mejores, sino la mejor.

—Es que las otras mejores son iguales que la siete, señor Wolf.

—En ese caso, la siete estará bien. ¿Verdad, amor mío?

—Desde luego —sonrió la señorita Marlin.

—Les gustará —aseguró el conserje, colocando el libro de registro sobre el mostrador.

Norton Wolf firmó, haciendo constar que le acompañaba la señora Wolf. El conserje tomó la llave de la cabaña siete, y salió con ellos. El señor Wolf le dijo que subiera a la parte de atrás del coche, y el hombre le guió por los senderos floridos hasta la cabaña en cuestión, a la cual les ayudó a entrar las dos maletas de la pareja.

—¿Qué pasa? —preguntó Norton Wolf—. ¿No hay botones en el motel?

—Los hay —replicó el conserje—. Pero a estas horas están casi todos atendiendo a los huéspedes que están en la zona de recreo, en la piscina. Y además, me gusta atender personalmente a los recién llegados. Es una costumbre fruto de la mejor intención.

—Vaya, amigo, usted si que sabe hablar —sonrió de oreja a oreja Norton.

Le tendió una propina casi generosa, y el conserje los dejó solos en la cabaña. Norton Wolf se volvió hacia la señorita Marlin, abrió los brazos, y exclamó:

—¡Al fin solos!

—Me pregunto —dijo ella—, cómo piensas abordar la cuestión.

—¿Qué cuestión? Yo creo que es muy simple: un hombre y una mujer se aman locamente, se encuentran solos en una confortable y elegante cabaña, se acuestan y...

—La cuestión es otra —sonrió Mary Marlin—. Me refería a la del contacto con el Gran Brujo. ¿Cómo piensas hacerlo?

—Ah, pues no sé... ¿Qué se te ocurre a ti?

—¿A mí? Yo sólo soy tu ayudante fotógrafo, querido. El gran periodista eres tú: ¡nada menos que Norton Wolf!

—Sí, es cierto —reflexionó él—, estoy obligado a tener las grandes ideas, claro. Pero se me está ocurriendo que a mí me importa un pepino ese brujo, y que ya que estamos los dos aquí solos...

—Hemos venido a trabajar en lo del brujo. Sólo a eso.

—Pero podríamos...

—Una buena idea sería tal vez llegarnos esta noche a Prince Frederick, localizar exactamente la villa donde está alojado el señor Edgewater, y pensar en lo que conviene hacer mañana. En lo que a mí respecta, podría tomar fotografías con teleobjetivo de la villa y sus ocupantes, pero... ¿de qué servirían si no sabríamos quién era cada cual y qué hace en esa villa con el Gran Brujo?

—Sí, es cierto. Éste tiene que ser el reportaje del siglo, porque el personaje lo merece. He estado pensando en todo esto, y... Bueno, ¿a ti no te parece... excesivamente asombroso que el Gran Brujo sea realmente capaz de predecir acontecimientos?

—Hay muchos videntes y futurólogos que lo hacen.

—Pero se equivocan con mucha frecuencia. En cambio, el Gran Brujo lo acierta todo... de donde se desprende que, en efecto, habrá un cataclismo sísmico en Washington dentro de unos cuantos días o semanas, eso está por determinar.

—Quizá consigas que el Gran Brujo te lo diga a ti.

—Sí... Quizá lo consiga. Podría visitarlo con esa pregunta como base del reportaje. Muy bien, va a sobrevenir un cataclismo sísmico en Washington, pero... ¿cuándo, exactamente? ¿Qué día y a qué hora?

—Yo no soy el Gran Brujo, no me preguntes. ¿Vamos o no vamos esta noche a ver la quinta y a tomar fotografías?

—¿De qué serviría todo eso?

—Nunca se sabe. Algunas fotografías nocturnas pueden deparar sorpresas, pero no digo que éste sea el caso. A fin de cuentas se trata solamente de ir a hacerle un reportaje a un charlatán que vive de embaucar a la gente.

—¿Y si fuésemos allá como dos simples muchachos recién casados que desean que el Gran Brujo les prediga el futuro? Es lo que hace todo el mundo que puede pagarlo, ¿no?

—Nosotros no somos todo el mundo, señor Wolf. Por otra parte, ir allá con engaños me parece una tontería. El señor Edgewater ha concedido muchas entrevistas: ¿por qué no una más?

—Pero tú quieres ir a tomar fotografías nocturnas.

—No. Yo he dicho que unas fotos nocturnas pueden ofrecer resultados imprevisibles, y que a fin de cuentas ese hombre es simplemente un charlatán.

—¿Un charlatán? Si piensas eso, no veo qué objeto tiene que me hayas acompañado.

—Soy tu fotógrafa, eso es todo —sonrió Mary Marlin.

—¿Y no será que me has acompañado simplemente porque estás loca por mí?

—Si estuviera loca por ti sería porque, simplemente, estaría loca.

El señor Wolf dedicó unos segundos a meditar sobre la respuesta. Por fin, soltó un gruñido, y masculló:

—Está bien, vamos a echar un vistazo a esa villa, y a tomar unas fotografías nocturnas. ¡De alguna manera se ha de pasar la noche!

—Podríamos empezar por instalarnos adecuadamente, y luego salir a cenar. Así haremos tiempo para que oscurezca.

—¡Qué manía con las fotos nocturnas! ¡Con lo bien que salen de día!

—Tengo un par de cámaras nuevas que quiero probar.

—Te estás tomando muy en serio tu trabajo, ¿eh?

—Sólo los que trabajan en serio consiguen buenos resultados. Ya te convencerás de ello.

* * *

Poco después de la una de la madrugada, el señor y la señora Wolf emprendieron el regreso al «Delys Motel». La señora Wolf conducía el coche, y el señor Wolf iba mirando las fotografías

obtenidas al instante por su «esposa», utilizando las cámaras especiales con fotos independientes. Bastaba apretar el disparador, esperar unos segundos, y la fotografía aparecía, ya revelada, por la ranura de la máquina. Así de simple.

—Pues están muy bien, de veras —dijo Norton Wolf.

—Lo que demuestra que las cámaras son magníficas.

—Sin duda. De todos modos, no parece que hayamos conseguido nada interesante.

—¿Qué esperabas?

Norton Wolf encogió los hombros, y pasó de nuevo la veintena de fotografías, examinándolas a la luz del montante de la portezuela.

Lo que no podía dudarse era que Mary Marlin había hecho un buen trabajo, dadas las circunstancias y posibilidades. Había varias tomas de la casa metida en el jardín de la villa, con algunas ventanas iluminadas. Se veían porciones de jardín, y, en cuatro de estas fotografías, dos hombres, cada uno de ellos tomado por separado y dos veces, paseando.

—Se diría que son vigilantes nocturnos, ¿verdad? —susurró Norton.

—Se diría, sí.

Luego, estaban las dos fotografías de un coche oscuro. Una de las fotografías lo tomaba de lado, y la otra por detrás, de modo que se veía aceptablemente bien la matrícula. En la foto tomada de lado se divisaban las siluetas de dos hombres ocupando el asiento delantero.

Y finalmente, cinco fotografías de las dos mujeres que Norton Wolf había visto salir de la villa, a pie. Tres fotografías eran de una de las mujeres, y dos de la otra.

—Debían tener el coche estacionado algo lejos de la villa —comentó Norton—. Lástima de chicas: son preciosas. Especialmente la morena. Es que a mí me gustan las morenas, ¿sabes? Quiero decir, las que tienen el pelo negro.

—Entonces, yo no te gusto —dijo Mary, tocándose los rubios cabellos—. ¿Por qué has dicho «lástima de chicas»? Si son preciosas, no veo la lástima por ninguna parte.

—Me refiero a que visiten al Gran Brujo. ¿Qué deben haberle consultado? Tiene que ser algo grave, ¿no te parece? Porque uno no

va por ahí consultando a un brujo cuando es feliz, cuando no tiene problemas... Me pregunto qué clase de problemas pueden tener dos muñequitas como éstas. La morena no debe tener más de veinte o veintidós años como máximo. Y la pelirroja no llega ni a veinte... ¿Estás de acuerdo?

—Sí.

—¡Tan jóvenes y bonitas y ya con problemas!

—Pero no económicos —dijo Mary—. Es de suponer que el señor Edgewater tenga una tarifa más bien alta para sus clientes.

—Pues entonces, no falla: están enamoradas y no son correspondidas... ¡Quizá hayan ido a pedirle un filtro de amor!

—O a pedir comunicación con un pariente difunto. Bueno, me parece que a fin de cuentas no te estás tomando esto muy en serio.

—¿Tú sí?

—Muchísimo.

Norton Wolf colocó bien las fotografías, y se quedó mirando a Mary Marlin.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué tan en serio?

—Me encantan las brujerías —sonrió Mary.

—¿No será porque eres un poco bruja?

—¡Tal vez! —Se echó a reír Mary Marlin.

Norton Wolf sonrió, y se dedicó a mirar por la ventanilla, hacia su derecha. La carretera discurría cerca de la playa, y se veía el refulgir de la luz lunar sobre las aguas de Chesapeake Beach. Una noche clara y quieta, unas aguas tranquilas.

No era, ciertamente, la noche adecuada para pensar en brujerías. Y sin embargo, Norton Wolf pensó en brujerías. Porque desde el primer momento había algo en todo aquel asunto que le tenía intrigado y hasta preocupado. Miró de reojo a la «señora Wolf» y por un instante pensó en decirle que estaba barruntando algo inquietante. Pero desistió de ello, más que nada porque ni siquiera habría podido explicarle a Mary Marlin lo que pensaba con exactitud. Era un pensamiento que parecía a punto de llegar, pero que siempre se le escapaba. Un pensamiento que no acababa de concretarse, pero cuya naturaleza le creaba inquietud y hasta temor.

Bueno, quizá fuese la luna, a fin de cuentas.

Por la mañana seguro que todo lo vería diferente.

De día, la villa ocupada por el Gran Brujo aparecía todavía más bonita, lógicamente. No había sombras, se veía el colorido de las flores, el verdor de los pinos y de las zonas de césped... Un sol radiante iluminaba el paisaje que parecía idílico.

Norton tiró una vez más de la cadenita que hacía sonar la campanilla de delicioso sonido. Junto a él, cargada ahora con una cámara fotográfica convencional, Mary Marlin miraba hacia la casa por entre los barrotes de las artísticas rejas que cerraban la entrada del recinto ajardinado.

—Parece que no hay nadie —refunfuñó Norton—. A ver si ayer nos dieron mal la dirección en el pueblo, o nosotros nos equivocamos de casa...

—He visto un hombre hace un momento, por entre los pinos —dijo Mary—. Y por allá viene otro. Debe haber salido de la casa.

El hombre se acercaba lentamente. Vestía completamente de blanco, pantalón y camisa solamente, y llevaba sandalias también de color blanco. Era alto, y cuando estuvo más cerca Norton frunció el ceño al comprobar su belleza masculina, que incluso le pareció exagerada.

—Vaya un pimpollo —susurró.

—Sí, es muy lindo.

El bello atleta rubio, de ojos azules, se detuvo por fin ante ellos, al otro lado de las verjas. Miró la cámara que portaba Mary, y luego el sombrero panamá de Norton Wolf. Sonrió.

—Ustedes dirán —se expresó amablemente.

—Soy Norton Wolf —dijo éste—, y ella es mi fotógrafa, la señorita Marlin. Venimos a solicitar una entrevista al señor Edgewater.

—Son ustedes muy amables —sonrió de nuevo el bello personaje—, pero el señor Edgewater está muy fatigado, y temo que no piensa recibir a nadie, por el momento.

—Oiga, usted no me ha entendido bien: soy Norton Wolf.

—Le entendí, señor Wolf. Quizá es usted quien no me entendió a mí.

—Muchacho, se lo diré otra vez: soy Norton Wolf, uno de los más prestigiosos periodistas del país. ¿Lo entiende ahora? Creo que

puedo hacerle al señor Edgewater una entrevista... especial, como nadie se la ha hecho jamás.

—Señor Wolf: el señor Edgewater concedió hace unos días varias entrevistas, que se han publicado en los más importantes periódicos del país, y ahora está descansando. Dentro de tres o cuatro días piensa convocar una rueda de prensa, y entonces nos sentiremos muy honrados con su visita. Buenos días.

—Bueno —dijo suavemente Norton—, si a usted no le importa la vida del señor Edgewater... Vámonos, querida.

—¿La vida del señor Edgewater? —Parpadeó el hombre—. ¿Qué ha querido decir, señor Wolf?

—Bah, olvídalo. Tonterías mías... A fin de cuentas, usted no debe creer en las premoniciones, ¿verdad?

—¿Ha tenido usted una premonición? ¿De qué clase?

—Ya le he dicho que lo olvide. Esperaré la rueda de prensa... por si el señor Edgewater está vivo todavía. Aunque debo decir que mis premoniciones no han fallado nunca. Buenos días.

—Espere un momento, por favor... Se lo ruego. Tal vez si me facilita alguna información yo pueda conseguir que el señor Edgewater le reciba.

—Que no —gruñó Norton.

—Vamos, no seas así, querido —le amonestó Mary Marlin—. No es propio de ti ser rencoroso.

—Está bien... Bueno, vaya a decirle al señor Edgewater que he tenido una premonición sobre él relacionándolo con una guillotina.

—¿Con una... guillotina?

—Sí, una guillotina. Ya sabe, esa cuchilla que baja velozmente y ¡zas!, le corta a uno el cuello.

—¿Y la guillotina cortaba el cuello del señor Edgewater?

—Ya le he dicho todo lo que pienso decirle. ¿Me van a recibir o no? —Gruñó Norton Wolf.

—Sea tan amable de esperar un minuto, por favor.

El hombre se alejó, de regreso hacia la casa. Mary miró con amable ironía a Norton.

—Caramba —dijo—, ¡qué premonición tan horrible!

Y no me tengas más sobre ascuas: ¿le cortaban el cuello o no se lo cortaban al señor Edgewater?

—Menos cachondeo —farfulló Norton.

—¿Quieres decir que no has tenido tal premonición, que te lo has inventado para que nos reciba?

—Claro.

Mary Marlin movió la cabeza con gesto preocupado.

—Si yo fuese tú, no jugaría con esas cosas. No es fácil engañar a un brujo, ¿sabes? Y si el Gran Brujo se enfada quizá te eche unos conjuros y te convierta en sapo, o algo parecido.

—Bueno —sonrió Norton Wolf—, pues entonces vienes tú, me das un beso en la boca, y volveré a ser el príncipe encantador. Y a propósito de besos en la boca: no pienso volver a dormir en el sofá, señora Wolf.

—Pues en el suelo se duerme peor.

Norton Wolf frunció el ceño, y masculló algo por lo bajo. Se quedaron los dos mirando hacia la casa. Por entre los pinos vieron pasar, como un destello de sol, otro hombre vestido de blanco.

—Son tan guapos que parecen maricones por contrato —refunfuñó Norton—. Pero apuesto a que el Gran Brujo los ha elegido muy bien para que le protejan de toda molestia.

Mary Marlin no contestó. Estaba mirando al primer guapo del día, que regresaba hacia la verja, con paso algo más vivaz. Se detuvo al poco ante ellos, y sonrió de aquel modo delicioso.

—El señor Edgewater les recibirá —dijo, todo miel.

CAPÍTULO III

Abrió las verjas, Mary y Norton entraron, y se dirigieron por el sendero hacia la casa. Lo primero que vieron, frente a éste, fue un coche oscuro, estacionado delante mismo de la puerta. Como puestos de acuerdo, Norton y Mary miraron la matrícula del coche cuando pasaron por detrás de éste: era la del coche que Mary había fotografiado la noche anterior. No había nadie dentro.

El guapo cancerbero empujó la puerta de la casa, y se apartó, cediendo el paso a los visitantes. Entró tras ellos, y sin cerrar la puerta, dijo:

—Tengan la bondad de esperar unos instantes.

Norton asintió. Mary echó un vistazo alrededor, con aspecto distraído. Por supuesto, la casa era alquilada, pues no era de esperar que el Gran Brujo tuviese mansiones como aquélla en todos los lugares donde paraba, pero sí era evidente que el señor Abenamar Edgewater tenía buen gusto. Había un par de cuadros de paisajes que Mary se acercó a examinar. Las firmas eran auténticas. Una araña de puro cristal pendía del techo. A la derecha había otras dos puertas, frente a la de la izquierda, que era doble, y que sin duda daba al salón. Una amplia y blanca escalinata arrancaba de un lado del amplio vestíbulo hacia el piso superior...

La doble puerta del salón se abrió, y apareció un hombre, casi de espaldas, despidiéndose:

—Gracias por todo, señor Edgewater —dijo—. Espero volver a visitarle muy pronto.

Se volvió del todo, encaminándose hacia la puerta. Era un sujeto de metro ochenta, de unos treinta y cinco años, atlético, de cabellos rojizos y ojos claros, muy atractivo, pero no al estilo del guapo rubio vestido de blanco, sino más viril. Dirigió una mirada entre

sonriente y sorprendida a Mary, y sonrió, con un gesto que pareció de divertida complicidad. Mary también sonrió. El sujeto pasó junto a Norton Wolf, mirándole con indiferencia, se despidió con un gesto del bello vestido de blanco, y salió.

El rubio cerró la puerta de la casa, y señaló la del salón.

—Vengan, por favor.

—Un momento —masculló Norton—. Ese hombre que acaba de salir de aquí, ¿es otro periodista?

—No, señor.

—Ah.

Afuera se oyó el motor del coche al ser puesto en marcha. El bello rubio abrió la doble puerta del salón, y anunció:

—La señorita Marlin y el señor Wolf.

—Gracias, George —llegó la voz—. Puedes retirarte.

Norton y Mary entraron en el salón. Enseguida vieron al Gran Brujo. Estaba sentado sobre un montón de coloridos cojines colocados en una alfombra de vivos colores.

—Atiza —masculló Norton.

El hombre debía tener unos cincuenta años, y parecía el clásico santón hindú, ataviado con la larga túnica blanca inmaculada, sin adorno alguno. Sus cabellos grises eran muy largos, y también era larga su barba grisácea. Por entre la maraña de cabellos destacaban unos ojos grandes, negrísimos, de penetrante mirada, y la boca grande, roja, sensual. Llevaba una flor de hibisco entre los cabellos, sobre una oreja. Su estatura debía alcanzar los dos metros, o poco menos, y su peso no podía ser inferior a los ciento cuarenta kilos.

—Acérquense, por favor, y tomen asiento —pidió Abenamar Edgewater.

Su voz era amable, casi dulce, muy acorde con su mirada rebotante de energía, pero serena y plácida. Norton y Mary se acercaron, y se acomodaron sobre unos cojines, farfullando algo Norton al no saber cómo colocar las piernas. Mary, simplemente, las cruzó, imitando al Gran Brujo, que no había hecho gesto alguno para ofrecer su mano.

—La paz y la felicidad sean con ustedes —dijo.

—¿Qué? —Lo miró Norton perplejo.

—Gracias —dijo Mary Marlin—. Y que el reparto de dicha le alcance a usted, señor.

Abenamar Edgewater miró lentamente a la señorita Marlin, como buscando algo en sus ojos. Hizo una leve inclinación de cabeza, y miró a Norton, que dijo:

—Nunca es tarde si la dicha es buena.

—¿Perdón, señor Wolf...?

—Que me alegro mucho de conocerle personalmente.

—Es usted muy amable. Aunque entiendo que sus premoniciones no me favorecen demasiado.

—No se preocupe demasiado —replicó Norton—: la vida no es nada.

Abenamar Edgewater se echó a reír.

—¿De dónde ha sacado eso, señor Wolf? —exclamó.

—Hombre... Es lo que dicen, ¿no?

—Mal dicho. Decir una cosa semejante sólo puede reflejar maldad o ignorancia. La vida, señor Wolf, es maravillosa, dicho en términos vulgares. Y además, es un don que se nos ha concedido para que lo dediquemos a la búsqueda de la felicidad y la perfección espiritual. Espero que esté de acuerdo con esto.

—¡Por supuesto! Ya lo creo, ¡la vida es maravillosa!

—Incluso para mí —sonrió Edgewater—. Francamente, aunque el tránsito no me preocupa demasiado, quisiera permanecer más tiempo en este plano vital, pues todavía tengo muchas cosas que hacer. Lamentablemente, si su premonición se cumple mi labor habrá terminado... ¿Cómo ocurrió, señor Wolf?

—¿La premonición? Bueno, simplemente en determinado momento la idea pasó por mi cabeza... Fue más bien una imagen. Le vi a usted, pero sin rostro, y vi una guillotina descender sobre su cuello. Pensé que debía prevenirle.

—Gracias. ¿Mi cabeza rodó, señor Wolf?

—No alcancé a ver eso.

—Ah, bien... Magnífico. Por otra parte, dice usted que no vio mi rostro. Y entonces, ¿cómo sabía usted que era yo?

—Lo *sabía*.

—Entiendo. Le agradezco mucho que se haya molestado en pasarme esa comunicación, pues significa que se aproximan acontecimientos inquietantes para mí.

—¿Pero no la muerte? —preguntó Mary.

—No, no. Podría significar la muerte si el señor Wolf hubiera

visto nítidamente mi rostro, pero no ha sido así. Tampoco vio el señor Wolf rodar mi cabeza, lo cual todavía resulta más... tranquilizador. Tiene usted unos ojos muy interesantes, señorita Marlin.

—¿Sí? ¿En qué sentido? —sonrió Mary.

—Hay... una gran profundidad en ellos. Y no es una profundidad oscura, sino llena de luz. Se diría que estamos contemplando un pozo profundísimo al final del cual nos espera la iluminación total. ¿A qué se dedica usted?

—Soy fotógrafa —dijo Mary, moviendo la cámara que colgaba sobre su pecho—. Suelo trabajar en pareja con periodistas de alto nivel que quieren fotografías para sus reportajes.

Abenamar Edgewater parpadeó, y eso fue todo.

—¿Y qué le parecen mis ojos? —preguntó Norton Wolf.

—Sus ojos, señor Wolf —los miró el Gran Brujo—, reflejan una gran inteligencia, tranquilidad de espíritu, bondad de corazón, y un... divertido y reconfortante sentido del humor.

—¿Pero no hay ninguna luz al fondo? —Pareció decepcionarse Norton.

—No. Usted la tiene en la superficie. Digamos que es más abierto que la señorita Marlin, más... espontáneo. Pero también, un poco más superficial que ella.

—O sea, que Mary es una hipócrita —sonrió Norton.

—Digamos que es más... cauta que usted. Me ha dicho George que puede usted hacerme una entrevista especial, como nadie me la ha hecho jamás. ¿Entendí bien?

—Sí.

—Pues puede usted empezar cuando guste.

—¿Ahora? —exclamó Norton.

—¿Por qué no? Oh, perdonen... ¿Les gustaría tomar un poco de té? ¿Señorita Marlin?

—Sí, gracias —sonrió Mary.

—¿Es obligatorio? —preguntó Norton.

—En absoluto —sonrió Edgewater—. Pero no podré servirle más que té o agua, señor Wolf. En esta casa no se fuma, ni se bebe alcohol.

—Pues entonces, no quiero nada —masculló Norton.

Abenamar Edgewater tomó una campanilla de plata que había

junto a él entre unos almohadones, y la agitó. Pareció que el argentino sonido ni siquiera llegase a la puerta, pero a los pocos segundos ésta se abrió, y apareció el guapo muchacho.

—George, por favor: la señorita Marlin y yo tomaremos té. ¿Quieres pedirselo a Rachel?

George asintió, y cerró de nuevo la puerta. Edgewater miró reposadamente a Norton.

—¿Y bien, señor Wolf?

—Bueno, la verdad es que no esperaba una aceptación tan rápida por parte de usted... ¿Puede Mary tomarle algunas fotografías tal como está ahora?

—Solamente permito que me fotografíen cuando convoco formales ruedas de prensa, señor Wolf, pero con ustedes voy a hacer una excepción. Señorita Marlin, puede usted tomar todas cuantas fotografías desee. Mientras tanto, el señor Wolf procederá a esa entrevista única y excepcional.

—Gracias —dijo Mary, poniéndose en pie.

Disparó la primera fotografía cuando Norton, recurriendo desesperadamente a su imaginación, encontraba la primera pregunta fuera de las que habitualmente le hacía la prensa al Gran Brujo:

—¿Le gustan a usted las mujeres, señor?

—Soy un admirador de la estética, señor Wolf. Así pues, me gustan las mujeres, como representación que son de lo bello que hay en...

—Yo estoy hablando en términos sexuales.

—Me pregunta usted, entonces, si sostengo relaciones sexuales, ¿no es así?

—Exactamente eso pregunto —asintió Norton.

—La respuesta es NO.

—¿Por qué?

—Para que usted lo entienda, diré que libero mi energía por otros procedimientos, por supuesto no relacionados con el sexo en modo alguno. Y es precisamente eso lo que me permite disponer de un caudal energético espiritualizado que me capacita para mayores empresas.

—¿Mayores que la aceptación y cumplimiento de la procreación? ¿De la perpetuación de las especies? ¿De la

conservación de la vida en el Universo?

—Hay muchas maneras de contribuir a la vida, señor Wolf. La mía es diferente a la de otras personas, eso es todo.

—De donde se desprende que usted no tiene hijos.

—No, no los tengo.

—¿Le gustaría tenerlos?

—Considerando que no tengo relaciones sexuales...

—Supongamos que pudiera usted tener hijos sin ese requisito...

¿Le gustaría tenerlos? Y en caso de que su respuesta sea afirmativa: ¿cómo le gustaría que fuesen, cómo los educaría usted, qué consignas les daría para su convivencia con sus semejantes?

Abenamar Edgewater contemplaba a Norton con expresión totalmente impenetrable. Mary Marlin había dejado de tomar fotografías, y miraba de uno a otro hombre.

La respuesta del Gran Brujo se demoró quince o veinte segundos.

—Realmente, señor Wolf, su entrevista se sale de los... cauces habituales.

—Ya advertí eso —sonrió Norton—. ¿No quiere usted contestar a mis preguntas?

—Estoy pensando en la conveniencia de hacerlo, y ello, señor Wolf, porque temo que hay mucha gente que no está preparada para escuchar mis respuestas, en ese sentido. Esas respuestas podrían causar... una conmoción quizá exagerada en el público de su periódico. ¿Puedo rogarle que me permita reflexionar un tiempo prudencial antes de proseguir esta entrevista? No es que mis ideas no estén claras en ese sentido, sino que quisiera encontrar el modo adecuado y comprensible de exponerlas.

—Puedo esperar el tiempo que usted quiera —asintió Norton Wolf—. Pero quizá pueda contestar de inmediato a otra pregunta más vulgar, que posiblemente ya le han hecho: ¿Cuándo ocurrirá lo del cataclismo sísmico en Washington?

—Estoy reservando esa información para la rueda de prensa, señor Wolf. Sin embargo —alzó una mano—, usted es evidentemente especial, de modo que voy a darle la respuesta. ¿Sería usted tan amable de decirme la hora que es?

Norton miró su reloj de pulsera.

—Las once y siete minutos de la mañana —murmuró.

—En ese caso —el Gran Brujo hizo unos rápidos cálculos

mentales—, puedo decirle a usted que el cataclismo comenzará exactamente dentro de doscientas cuatro horas y nueve minutos.

—O sea —murmuró Mary—, dentro de ocho días y medio, esto es, a las once y cuarto de la noche del octavo día a partir de ahora.

—Así es, señorita Marlin... Oh, el té.

La puerta se había abierto, y entraron dos muchachas vestidas con un *sari* blanco, una de ellas portando una bandeja. Norton Wolf las miró con el simple interés de un hombre hacia un par de preciosas muchachas... pero tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para no lanzar una exclamación al reconocer a una de las jóvenes. Se quedó mirándola atónito, y luego, despacio, miró a Mary Marlin, que simuló no captar su mirada.

—No obstante —dijo Abenamar Edgewater, como continuando un tema vigente—, se darán ustedes cuenta de que en absoluto tengo nada contra el sexo femenino. Algunas de mis acompañantes así lo demuestran. Ellas son Rachel y Olivia.

—Tiene usted buen gusto, señor... —sonrió Norton—. Bueno, quiero decir un gran sentido de la estética.

Abenamar se echó a reír. Las dos muchachas sonrieron, se acercaron, y mientras Olivia sostenía el servicio de té, Rachel sirvió en dos delicadas tazas de porcelana. Mary Marlin se sentó, y se hizo cargo de la que le tendían, sobre un platillo bellísimo. El Gran Brujo tomó la suya, sonriente.

—Gracias, Rachel, Olivia... Podéis dejar aquí el servicio. Yo mismo serviré a nuestros invitados si desean más.

Rachel y Olivia se retiraron, tras dirigir una dulce sonrisa al Gran Brujo y una inclinación de cabeza a los invitados. Norton estuvo mirándolas hasta que la puerta se cerró. Entonces, miró a Abenamar Edgewater, que estaba sorbiendo delicadamente el té.

—Admiro su fuerza de voluntad —dijo Norton.

Abenamar dejó de beber, y rió.

—No se trata de fuerza de voluntad, señor Wolf. Simplemente, las tentaciones de la carne no existen para mí. Pero estábamos hablando del momento del gran cataclismo... ¿Va a publicar usted mi revelación respecto al momento en que sucederá?

—Debo hacerlo, ¿no? —se desconcertó Norton.

—Tal vez. Pero ello pondría de relieve mi preferencia hacia usted con respecto al resto de la prensa. No sería cortés por mi

parte, ¿verdad?

—No entiendo por qué quiere demorar esa revelación.

—Se lo explicaré en otro momento. Mientras tanto, me atrevo a pedirle a usted que no publique nada hasta dentro de un par de días. ¿Cuento con ello, señor Wolf? Es en bien de todos. En cualquier caso, y aunque sea con dos días de antelación sobre los demás periodistas, usted tendrá la primicia.

—Ya la tengo —sonrió Norton.

Abenamar no contestó. Se limitó a beber otro sorbo de té. Mary Marlin carraspeó, y el Gran Brujo la miró con amable expresión interrogante.

—Como usted bien ha dicho, señor —se explicó Mary—, yo soy más cauta que Norton. Incluso diría que más desconfiada. ¿Puedo ser sincera con usted?

—Se lo suplico.

—¿Realmente cree usted que eso va a suceder, el cataclismo sísmico? Y si lo cree, si está convencido de ello... ¿cómo puede saberlo?

—Lo sé —dijo Abenamar.

—Usted sabe que existen multitud de aparatos medidores de temblores de tierra, señor. Al parecer, desde sus últimas declaraciones, los sismógrafos están funcionando a la espera de captar alguna señal peligrosa. ¿Debo entender que usted se está adelantando a la información de esos aparatos?

—Así es. Pero, lamentablemente, no puedo decirle a usted cómo puedo conseguir eso. Sin embargo, tendrá ocasión de comprobar lo acertado de mi vaticinio... Aunque le sugiero que no esté esa noche en Washington, señorita Marlin.

—¿Quiere decir que será un cataclismo importante?

—Es de temer, pero no puedo saber su gravedad. De todos modos, ciertamente, yo no me acercaré a Washington esa noche. Es más todavía: si yo viviese en Washington le aseguro que por la mañana de ese día abandonaría la ciudad. ¿Desea usted más té?

—No, no, gracias.

—En ese caso... Perdonen, pero tengo muchas cosas que atender. Señor Wolf, oportunamente le haré saber cuándo me hallo preparado para responder a su entrevista especial...

Dos minutos más tarde, Norton Wolf y Mary Marlin salían del

recinto de la villa. Tras ellos, el bello George cerró las verjas, y regresó hacia la casa. Ellos se encaminaron hacia el coche de Norton.

Y, ya sentados ambos, tras encender sendos cigarrillos, Mary Marlin comentó:

—Es un hombre interesante.

—¿Te has fijado? La chica llamada Olivia, la morena, es una de las que salieron anoche de la villa, vestida normalmente. Bueno, quiero decir, como tú, ¿comprendes?

—Comprendo —dijo Mary.

—Me pregunto si la otra que salió, la pelirroja, también está viviendo en la villa con el Gran Brujo... Y me pregunto adónde fueron anoche, ellas solas, y por separado. ¡Se me está ocurriendo...!

—Se te está ocurriendo que el señor Edgewater es casto y puro, que sus blancos guardianes no gustan de las mujeres... y que posiblemente esas dos chicas salieron en busca de... satisfacciones concretas que no tienen en la villa.

—¿Te parece descabellado?

—No sé. Aquel hombre era ruso.

—¿Ruso? —Se pasmó Norton—. ¿El Gran Brujo? ¡Claro que no!

—Me refiero al otro, al que salió cuando llegamos nosotros, aquel alto y guapo. Es ruso.

—¡Demonios con los rusos! Bueno, sólo oíste a aquel sujeto decir unas pocas palabras... ¿Cómo puedes estar tan segura de que es ruso?

—Porque yo también soy un poco bruja.

—¡Lo sabía! ¿Dónde tienes la escoba?

—Las brujas, ahora, viajamos en automóvil. Anda, vámonos de aquí. Tengo la sensación de que nos están espiondo.

Norton Wolf se quedó mirando pasmado a la señorita Marlin. De pronto se echó a reír, divertidísimo.

—¡Ésta sí que es buena...! ¡Espíarnos a nosotros!

—¿Por qué no? —sonrió Mary Marlin.

Norton Wolf iba a replicar, pero se quedó con la boca abierta unos segundos. La cerró, quedó pensativo casi un minuto, y de pronto puso el coche en marcha.

—Hablando de espíar —murmuró—, ¿qué te parecería si les

diéramos a esa gente una buena lección? Porque te voy a decir la verdad: yo me huelo algo raro ahí dentro. Y luego, si aquel tipo era ruso... ¡debe ser un espía! Estuvo anoche, ha estado esta mañana... ¿Crees que volverá esta noche otra vez?

—Podría ser. Pero si piensas entrar en la villa para...

—Un momento —cortó Norton Wolf—. ¿Quién dirige este asunto? ¿Tú o yo?

—Tú —aceptó sonriente Mary; se inclinó hacia Norton y le besó en un lado de la boca—. Pero espero que no nos metas en un lío.

—¿Lío? ¡Soy el superinteligente Norton Wolf, el más cotizado y audaz periodista de los Estados Unidos!

—Al final te lo vas a creer tú mismo —rió Mary Marlin—. Y de todos modos, un periodista no tiene nada que ver con cuestiones de espionaje, ¿verdad?

—Estás muy chistosa... ¡Incluso me has besado, ahora que caigo! Y eso me lleva a la conclusión de que por fin has decidido que esta noche no duerma en el sofá, de modo que vamos a toda prisa al hotel y allá...

—No empieces a desvariar.

—Muy bien, hablemos en serio —frunció el ceño Norton—. Te voy a dar a escoger entre dos alternativas. Una: nos vamos ahora mismo a la cabaña del motel y nos echamos un buen par de polvos.

—Alternativa rechazada. ¡Y no seas ordinario!

—Dos: vamos a Washington, buscamos una tienda donde vendan artículos electrónicos, y nos gastamos unos cuantos centavos en cierto material que se me está ocurriendo... y que quiero elegir yo personalmente, sin que nadie me facilite las cosas ni me diga lo que tengo que hacer. ¿Está claro?

—¡Pero si no he dicho nada!

—Ah, bueno —masculló Norton Wolf.

CAPÍTULO IV

Completamente vestido de negro, Norton Wolf era una sombra entre las sombras del jardín de la villa, al que había accedido saltando las verjas limpiamente, por el lado más alejado de la casa. Ahora, entre los arbustos, rifle en mano, veía pasar de nuevo a uno de los vigilantes vestidos de blanco. Otro vigilante deambulaba por el otro lado de la casa, y, posiblemente, había otro más en la parte de atrás.

«Si llevan armas, las ocultan muy bien —pensó Norton, agazapado—. Pero se diría que no llevan. Yo creo que siguen vistiendo de blanco precisamente para que los vean bien, y nadie moleste. Su presencia es disuasoria, no amenazadora. Lo que quieren es que nadie asome las narices por aquí, eso es todo, y por eso se dejan ver...».

La mirada de Norton se dirigía preferentemente hacia el ventanal del salón, que estaba abierto, si bien las persianas estaban casi cerradas. Permitían entrar el fresco de la noche, pero no las posibles miradas de intrusos en el jardín, o desde más lejos con prismáticos o teleobjetivos.

En realidad, Norton Wolf habría pensado que quizá estaba desquiciando las cosas si, nacía más acercarse a la casa, no hubiera visto el coche del hombre atractivo, del ruso, según Mary Marlin.

Sí, allá estaba el coche, y por tanto el ruso debía estar dentro de la casa, con el Gran Brujo. Lo intrigante del asunto era obvio: ¿qué hacía un ruso visitando con tanta frecuencia a un vidente norteamericano?

Por fin, en un momento dado, los dos vigilantes laterales de la casa llegaron a su respectiva esquina, es decir, al lugar más alejado de la fachada en sus rondas aburridas. Entonces, Norton Wolf alzó

el rifle, apuntó al marco del ventanal, y se encomendó a la Providencia.

«Me pregunto qué pasaría si en lugar de clavarlo donde quiero entra por un hueco de la persiana y se lo clavo en el culo al Gran Brujo».

Apretó el gatillo. Se oyó un leve chasquido, y el dardo con micrófono incorporado partió hacia la casa. Norton quedó tenso, expectante. No ocurrió nada, no se oyó nada.

«O sea, que no le he acertado en el culo».

Colocó otro dardo en el tubo del rifle especial comprado en cierta tienda de Washington, apuntó al otro lado del amplio ventanal, y volvió a disparar. Nada, ningún ruido. Esperó un par de minutos, y emprendió el regreso hacia las verjas. Las saltó hacia el exterior, cruzó la avenida, y se metió en el coche situado a unos cien metros de la villa, y dentro del cual le esperaba Mary Marlin.

—¿Lo he conseguido? —preguntó enseguida Norton.

Mary Marlin tenía en el regazo el receptor, y se había colocado los auriculares. En el receptor, la cinta grabadora giraba lentamente. Mary apartó un auricular, y preguntó:

—¿Qué?

—¡Que si lo he conseguido!

—No lo sé. Yo no oigo nada... pero puede que no estén en el salón en estos momentos.

—¡Maldita sea, eso me pasa por comprar material de baratillo!

Mary no le oyó, porque había vuelto a colocarse el auricular. La cinta seguía girando, despacio, en silencio. El gesto de la señorita Marlin era atento, concentrado. Norton Wolf se dispuso a encender un cigarrillo, pero desistió de ello. Mary paró la cinta, y dijo:

—Es una tontería tenerla en marcha si nadie dice nada. La puse en marcha al verte venir, creyendo que ya podría oír algo, pero no.

—Sigue escuchando —gruñó Norton.

—¡A la orden, jefe! —rió ella.

No pasaba nadie por la avenida. Solo, de cuando en cuando, un automóvil. Había un sedante silencio en la zona residencial. Por encima de ellos y hacia atrás se veía la iluminación del centro de Prince Frederick...

—¿Qué? —Se impacientó Norton—. ¿Nada?

Ella miraba sus labios. Sonrió y movió negativamente la cabeza.

Apareció otro automóvil. Norton Wolf se inclinó hacia Mary Marlin, le tomó la barbilla con la mano izquierda, hizo girar su rostro, y la besó en la boca. Ella no se movió. Las luces del vehículo recién aparecido pasaron junto al coche de ellos... pero Norton continuó besando a Mary, que lo apartó y rió quedamente.

—Si cada vez que pasa un coche vas a besarme para que no puedan verme con los auriculares, te auguro una noche horrible.

—¡Querrás decir maravillosa!

—Horrible —insistió ella—, porque cuanto más me beses, más te encenderás, y total, para nada.

Norton iba a replicar, pero ella señaló de pronto vivamente hacia la casa, y él miró hacia allá. La iluminación en la avenida era más que aceptable, sólo atenuada en las zonas donde las sombras de los árboles que se interponían con las farolas manchaban el suelo; en una de estas zonas, justamente, habían estacionado ellos el coche. Era difícil que pudieran ver desde la puerta de la villa otra cosa que un automóvil oscuro.

En cambio, ellos podían ver perfectamente la entrada, y a cualquiera que saliese o entrase. En aquel momento salía una mujer. Incluso a cien metros se veía que era joven, por su gesto al caminar alejándose.

—No es la pelirroja ni la morena —susurró Norton—. Ésta es rubia.

Mary se apartó un auricular.

—¿Qué?

—¡Que ésta es rubia! Demonios, me pregunto cuántas chicas jóvenes y bonitas hay en esa casa... ¿Crees que todas andan de día por ella vestidas con túnica y que por la noche salen a divertirse un rato?

—Podría ser. ¡El mundo está podrido, querido!

—¿Adónde demonios debe ir?

—Quizá adonde fueron anoche las otras dos. Y a propósito, quizá salga alguna más, pero quizá no.

—Es decir, que si no sigo a ésa, quizá me quede sin saber nada.

—Están hablando —dijo de pronto Mary, colocándose el auricular izquierdo—. Ahora está hablando el ruso.

—¿Qué dice? ¿Qué dice?

Mary ni siquiera lo miró. Norton miró hacia la muchacha que se

alejaba. Dejó de verla. Lanzó una imprecación, apretó con un dedote el seno izquierdo de Mary, y cuando ella lo miró se señaló y señaló hacia la muchacha que había salido de la villa. Mary asintió, y Norton salió del coche y fue en pos de la muchacha. Si ella iba a pie, estaba claro que él podría seguirla a pie.

Tan sólo dos minutos más tarde comenzó a temer que acababa de cometer un gran error. En otra avenida, más cercana al centro de la ciudad, había una parada de taxis, pero sin taxi alguno a la vista. La muchacha rubia se detuvo allí, a la espera.

«Ahora sí que he metido la pata —pensó Norton—. Cuando llegue un taxi lo tomará ella, y me quedará aquí como un tonto...».

Estuvo tentado de volver en busca de Mary y el coche, pero si hacía eso la muchacha podía marcharse en taxi mientras tanto, y entonces la perdería a ella, y, si se alejaban mucho intentando reencontrarla, perderían también la conversación de la casa, pues el material comprado no era una maravilla.

Un taxi apareció cuando todavía Norton Wolf se debatía en estas dudas. La muchacha rubia alzó un brazo, y el vehículo fue a detenerse ante ella, que se metió dentro. Lo último que vio Norton de ella fue el bolsito, oscilando.

En cuanto el taxi se alejó, Norton corrió hacia la parada. Si algún taxista pasaba por allí, quizá llevando pasajeros de regreso a la zona residencial, lo vería, y se apresuraría a volver a por él en cuanto descargara. Pero no. Ningún taxi apareció hasta casi cinco minutos más tarde, cuando Norton estaba dado a todos los demonios, porque naturalmente era ya imposible seguir a la muchacha rubia.

El taxista se detuvo en la parada, y sacó la cabeza por la ventanilla.

—¿Taxi, señor?

Norton lo miró malignamente, dispuesto a enviarlo al infierno. Y justo entonces, por la punta de la avenida vio aparecer a otra muchacha. La luz se reflejó en sus rubios cabellos. Otra rubia. Pero... ¿y si no había salido de la villa? Bueno, podía preguntárselo luego a Mary, y si además de la primera, cinco minutos después había salido otra, pues ya sabía que había hecho algo útil.

Se metió dentro del taxi, mascullando un saludo.

—¿Adónde, señor?

—Aléjese un poco de aquí y pare. Si mira por el retrovisor verá una mujer que se está acercando a la parada. ¿La ve?

—La veo. Parece una linda rubia.

—La seguiremos cuando ella tome otro taxi. ¿Comprende?

—Creo que sí, señor.

Apenas tres minutos más tarde llegó otro taxi a la parada, y la rubia, en efecto, lo tomó. Sumergido en la oscuridad de su taxi, Norton vio pasar el otro, y entrevió el rubio brillo de los cabellos. El taxista de Norton Wolf, simplemente, partió tras el vehículo de su colega.

—¿Le desahogaría hablar de ello, señor? —preguntó.

—No, en absoluto. Oiga, ¿qué está pensando? ¿Que soy un cornudo?

El hombre lo miró por el retrovisor.

—¡Qué va...! —sonrió—. ¡Seguro que es usted un agente del F. B. I, persiguiendo a una vendedora de drogas!

—Exacto —dijo Norton—. De modo que punto en boca, ¿eh? ¡Y no pierda de vista ese taxi!

—Cuenta con ello, señor. No puede perderseme en una población como Prince Frederick. Además, sólo somos tres taxistas aquí, y nos conocemos. Ese que va ahí delante es Sammy, y si perdemos a la chica puedo preguntarle luego dóndele la ha dejado. Nos damos una vuelta de cuando en cuando por aquí, porque...

Norton Wolf se resignó a escuchar la perorata del hombre, pensando que no le convenía ser antipático, ya que estaba lo del tal Sammy. Y además, quizá Sammy o el mismo que le llevaba a él ahora había llevado la noche anterior a la pelirroja y a la morena. ¡Demonios, qué buena idea!

—¿Recogió usted alguna chica anoche en la parada? —preguntó, cortando las explicaciones del conductor.

—Sí, señor. Más o menos a esta hora. Una chica preciosa, señor, una pelirroja encantadora, pero poco habladora.

—¿Pelirroja? ¿Adónde la llevó?

—A un chalé un poco al Norte de la población, cerca de la Estatal 2, hacia el Norte. Y esta mañana, a las ocho, pasé a recogerla, tal como ella me pidió.

—¿Y dónde la dejó esta mañana?

—En la parada donde lo he tomado a usted. Oiga... ¿va en

serio? ¿Está ocurriendo algo fuerte? ¿De veras es usted del FBI?

—De veras. Y usted y sus amigos taxistas pueden prestarme un gran servicio.

El taxista emitió un silbido, y movió la cabeza.

—Mire, yo no quiero líos, ¿comprende? Y además, ya estamos llegando al centro... pero me parece que Sammy no piensa detenerse. Creo que seguimos hacia el Norte.

En efecto, siguieron hacia el Norte, y muy pronto se encontraron circulando por la Estatal 2. Apenas tres minutos más tarde, el taxista dijo:

—Seguro que van al mismo chalé al que llevé anoche a la pelirroja. ¿Le dejo aquí?

—No. Siga hacia el Norte, pase de largo delante del chalé.

El hombre obedeció. Pasó a buena velocidad por delante de la casita ante la cual se había detenido el otro taxi, del cual se estaba apeando la rubia. Frente a la casa, a un lado, Norton vio el automóvil estacionado. Y en la casa había luz.

Eso fue todo lo que vio, de momento. Una milla más arriba ordenó al taxista que diera la vuelta y regresara al chalé. Cuando pasaron de nuevo por delante el otro taxi ya no estaba, ni se veía a la muchacha, pero el automóvil seguía estacionado en el mismo sitio. Un cuarto de milla más allá Norton hizo parar el taxi.

—Salga de la carretera y espéreme en un sitio discreto.

—¿Tardará mucho?

—No lo sé. Quizá cinco minutos, quizá cinco horas.

—Oiga, en serio, no puede hacer eso. Ya le he dicho que somos solamente tres taxis, y si necesitan los servicios de...

—Escuche usted, amigo; lo peor que puede pasar es que una señora se disponga a tener un bebé, pero dejando aparte el hecho de que casi todo el mundo tiene coche, si ella no tiene, todo lo que ha de hacer su marido es llamar a otro taxi, y si están ocupados ir a la casa del vecino, despertarlo, y decirle que o lleva a su mujer a la clínica o le parte la cara. Ya ve si son fáciles de resolver los problemas que requieren un taxi en el centro. En cambio, dígame qué hago yo si usted me deja abandonado aquí. ¿Qué hago?

—Coño, qué labia —sonrió el taxista.

—Espéreme aquí.

Norton Wolf se apeó, y se encaminó hacia el chalé, al que llegó

cinco minutos más tarde, por la parte de atrás, donde no se veía luz alguna. Rodeó la pequeña construcción, hasta llegar junto al oscuro automóvil estacionado, cuya matrícula miró y memorizó.

La luz que había visto antes en una ventana se había apagado... No, no era eso; había menos luz, pero no había quedado a oscuras. Se acercó a la ventana, que estaba cerrada, y probó de alzarla. Imposible a las buenas. Rodeó la casa, probando otras ventanas, y sonrió cuando la tercera se alzó silenciosamente. Sin más consideraciones, el señor Wolf terminó de alzarla, se metió en la casa, y bajó de nuevo la ventana.

Oyó la risa femenina, y un largo escalofrío recorrió su espalda. Evidentemente, la muchacha rubia lo estaba pasando muy bien.

«Si me pescan aquí dentro tendré que romperle la cara al sujeto», pensó.

Pero como esta perspectiva no era inquietante para él, sino para el sujeto que hacía reír a la muchacha, cruzó el pequeño dormitorio en el que se hallaba, y salió al pasillo. Un leve resplandor llegaba desde la izquierda, y hacia allí se encaminó. Vio el recibidor, y a la derecha la puerta por la que salía el suave resplandor; puerta que debía dar a la pieza en la que antes había visto luz desde afuera.

Se acercó sigilosamente y atisbo un instante. Era la salita. La muchacha no reía ahora. El silencio era total. Norton metió un poco más la cabeza por el hueco de la puerta, y vio la lámpara de pie en un rincón de la salita. Y enseguida vio a la muchacha, y al hombre. Estaban tendidos sobre una piel colocada frente a la chimenea, por supuesto apagada. Pero ellos no estaban apagados sino bien encendidos. Ambos desnudos completamente se dedicaban a la más agradable de las actividades humanas, bien abrazados en postura clásica. La muchacha tenía los ojos cerrados, y el hombre se mostraba ansiosamente activo. En cuestión de segundos la muchacha comenzó a emitir unos gemiditos que pusieron de punta los cabellos de Norton Wolf.

«Mi madre, ¡qué polvo!».

Dejó de mirar, pero no de oír. Bueno, ¿qué había esperado sino una cosa así? Sin embargo, se sentía decepcionado, porque había esperado algo más, en el fondo... La muchacha estaba arreciando en sus expansiones suspirantes, y rápidamente llegó el delirio total. Norton Wolf frunció el ceño.

«La madre que os parió».

Sonó el fuerte suspiro de la muchacha, y luego su risa fresca y alegre. Muy bien: ¿qué se le podía reprochar a aquella jovencita? Pues nada, qué demonios. Oyó la voz del hombre, como un murmullo, y ella volvió a reír, y Norton entendió perfectamente lo que dijo a continuación:

—Bueno, de acuerdo, pero tendrás que llevarme en brazos, ¡si es que puedes!

—Claro que puedo, con una muñequita como tú. ¡Y más, para llevarla a la camita!

—¿A dormir?

Rieron los dos. Norton les oyó moverse. Maldito tipo, ahora debía estar cargando con la muchacha en sus brazos... ¡y la iba a llevar a la cama, esto es, a un dormitorio! La reacción del señor Wolf fue rapidísima: cruzó el pequeño recibidor, y se agazapó en el rincón sombreado del lugar. Quedó acucillado, encogido. ¡Vaya una situación ridícula, espiar a un hombre y a una mujer que hacen el amor!

Entornó los párpados cuando los vio salir, recortados en la escasa luz de la salita. Efectivamente, él la llevaba en brazos a ella, que le hacía mimitos. El sujeto era calvo y gordo, pero fuerte. Llevaba con toda facilidad el magnífico cuerpo femenino. Ni por asomo se les ocurrió que les estaban observando desde una distancia inferior a los seis metros. Norton vio cómo los senos de la chica se mecían suavemente al compás de la marcha. Un encanto.

Los dos se metieron en uno de los dormitorios.

«Pues nada, muchachos, ¡que siga la juerga! En cuanto a mí, me largo. Ya está bien de hacer el primo».

Se irguió, mirando hacia la puerta. Podía salir, cerrar cuidadosamente, y marcharse. Así de simple. Pero, mientras caminaba hacia la puerta echó un vistazo al interior de la salita, cuya luz de pantalla había quedado encendida. Vio las ropas de la muchacha esparcidas por la pieza, y las del hombre tiradas sobre el sofá.

La tentación era demasiado fuerte. Entró en la salita, se acercó a las ropas del hombre, y tanteó la chaqueta en busca de la billetera, que localizó enseguida. La sacó, la abrió, y lo primero que vio fue la fotografía del hombre calvo y fuerte, junto a una mujer y dos

muchachos de doce o catorce años.

«Menudo golfo».

Luego vio una tarjeta de identificación del hombre. No era una tarjeta corriente, sino expedida por una Embajada. Parpadeó, desconcertado. El sujeto se llamaba Hans Rottemberg, y era alemán. Evidentemente, pertenecía al cuerpo diplomático de su país. Pareció que el tiempo se detuviera, que Norton Wolf quedase paralizado. Estuvo así no menos de dos minutos, oyendo las voces de la rubita y del tal Rottemberg. Un diplomático. Bueno, ¿y qué? ¿Acaso los diplomáticos no son personas normales? Con seguridad, *Frau* Rottemberg se había quedado en Alemania, y *Herr* Rottemberg se consolaba con preciosas jovencitas americanas. Normal. Vulgar.

No había nada más digno de interés en la billetera. La colocó en el bolsillo del que la había sacado, buscó más cosas, y encontró cigarrillos, un encendedor, llaves, pañuelo...

Se sentía confuso, y de nuevo aquella idea que no acababa de concretarse rondaba por su mente. Aquella idea, un tipo ruso, un brujo, un diplomático europeo...

—¡Quédate ahí! —Oyó la riente voz de la muchacha—. ¡Sólo quiero mi perfume, vuelvo enseguida!

Y acto seguido la oyó acercarse, percibió el roce de sus desnudos pies en el suelo. Norton Wolf hizo lo único que se le ocurrió, y, realmente, lo único que podía hacer si quería evitar complicaciones absurdas: se colocó rápidamente tras el sofá.

CAPÍTULO V

Oyó perfectamente la entrada de la muchacha, y se encogió cuanto pudo. Ella se acercó al sillón de la derecha. Luego se desplazó hacia otro lado. Los ojos de Norton iban de un lado a otro, como si estuviesen viendo a la muchacha. Oyó el leve chasquido de un cierre. El bolso. Estaba abriendo el bolso. Casi enseguida Norton percibió el suave, delicado, agradable perfume.

«Lo que me faltaba. ¡Y luego a dormir en el sofá!».

Esperaba oír el «clic» del cierre cuando la muchacha dejase el frasco de perfume, pero no lo oyó. Oyó un tintineo de llaves, muy leve, pero muy cerca. No eran las llaves del bolso de la muchacha, sino las del alemán. La idea llegó, nítida, a la mente de Norton Wolf: la rubia estaba registrando los bolsillos del alemán.

Oyó de nuevo el tintineo de las llaves. ¿Por qué demonios tocaba tanto las llaves? La tentación fue de nuevo irresistible. Jugándose todo, Norton se desplazó hacia un extremo del sofá, y sacó la cabeza para echar un vistazo. La muchacha, magníficamente desnuda, estaba medio vuelta hacia la puerta, como escuchando, mientras sus manos trabajaban con las llaves de Hans Rottemberg, hundiéndolas en una masa blanda y compacta, apretándolas una a una contra ella. Norton Wolf echó un último vistazo al precioso perfil de un seno de la chica, y se retiró hacia la precaria protección del respaldo del sofá.

«Está sacando moldes de las llaves del alemán». —Pensó fríamente, sin sorpresa.

—¡Vuelvo enseguida! —dijo ella de pronto, sobresaltando a Norton—. ¡Ya verás cuánto te gusta mi perfume!

Oyó de nuevo las llaves. La muchacha se desplazó. Clic, chascó el cierre de su bolsito. Luego, el roce de los pies hacia la puerta.

Norton se asomó a mirar, y vio a la muchacha de espaldas, saliendo. Una escultura. Las nalgas le brincaban deliciosamente. La muchacha desapareció. Al poco, la voz del hombre, la de ella, más risas...

Norton Wolf se puso en pie, se acercó al sillón donde estaba el bolsito de la muchacha, y lo abrió, reteniendo el cierre para evitar el menor ruido. Dentro del bolso, en efecto, estaba la masilla, con la nítida impresión de varias llaves.

«Cuando se lo diga a ella, se va a reír —pensó Norton—. Esto parece una mala película de espías a la vieja usanza. ¡Seguro que se va a reír!».

* * *

Pero Mary Marlin no se rió. Escuchó atentamente a Norton, asintió, y señaló el volante. Comenzaba a amanecer.

—Volvamos al motel —dijo.

—¿Has grabado algo interesante?

—Solamente la primera conversación. Bueno, primera y última, porque el ruso se fue. Aunque su nombre no es ruso: se llama Brownell.

—Entonces, no es ruso. Pero aquel tipo sí que era alemán. Demonios, ¡qué resistencia! Desde que la chica llegó, hasta que él se fue, hace media hora, deben haber estado dale que dale al sexo. ¿Salió alguna chica más?

—No. Sólo esas dos.

—Pues éstas volverán hacia las ocho, seguro. Apuesto a que la que se me escapó ha estado también con un tipo de cuyas llaves ha sacado moldes. Luego, el tipo se va, el taxi apalabrado la noche anterior pasa a recoger a la jovencita, y vuelven aquí... con moldes para hacer duplicados de llaves. ¿Crees que debí seguir al alemán con el taxi?

—Si sabes su nombre y que es un diplomático alemán podemos encontrarlo en cuanto queramos.

—Claro. Bueno, ¿qué hablaron el Gran Brujo y ese Brownell? Podrías poner la grabación, ¿no?

—Te aseguro que no vale la pena. Pero de una cosa estoy segura: ese Brownell es ruso. Segurísimo. Regresemos ya.

—De acuerdo. Pero dime qué hablaron esos dos.

Norton Wolf puso en marcha el coche, maniobró, y se alejó del puesto de observación donde Mary Marlin había pasado prácticamente toda la noche dentro del coche.

—Estuvieron hablando de un viaje —dijo de pronto Mary—. Al parecer, piensan trasladarse a Canadá después del cataclismo, concretamente a Quebec. Dijeron que cada cual iría por su lado, y se encontrarían allí.

—¿En alguna dirección determinada?

—El ruso dijo que intentaría conseguir que le alquilaran de nuevo la misma casa de la vez anterior.

—Es decir, que si nos enteramos de en qué casa estuvo el Gran Brujo durante su anterior estancia en Quebec, sabremos adónde irán en esta ocasión, después del cataclismo. ¿Eso fue todo?

—Sí. Hablaron algo de las chicas, poca cosa. Estaban en dudas entre dejarlas aquí o llevárselas a Canadá. La conversación giró sobre esos dos temas, y ya está.

—Bueno... —Norton Wolf movió la cabeza—. ¿Qué opinas de todo esto? ¡Yo estoy hecho un lío, francamente!

—En ese caso lo mejor será que descansemos. Puesto que faltan siete días y medio para el cataclismo, tenemos tiempo de pensar en todas esas cosas con calma.

—¿Eso quiere decir que tú crees que en efecto se producirá el cataclismo?

—Vaya —bostezó Mary Marlin—, yo no lo creo ni lo dejo de creer, pero si lo dice el señor Edgewater por algo será, ¿no te parece?

—Muy bien. Ahora dime qué tiene que ver un cataclismo sísmico con unas guapas chicas fornicadoras que sacan moldes de llaves de diplomáticos; o al menos, de un diplomático. Y qué pinta un tipo ruso en el asunto. ¿Puedes decírmelo?

—Lo único que puedo decirte en este momento es que tengo sueño.

—Tenemos una estupenda cama en nuestra cabaña —sonrió Norton Wolf.

—Sí —admitió Mary—. Y un estupendo sofá.

La llamada a la puerta llegó como flotando a oídos de Norton Wolf, que dormía en el sofá. Se movió, abrió los ojos, y vio la penumbra dorada a su alrededor. Había entornado las persianas antes de disponerse a dormir, sin molestarse en desnudarse. ¡Para dormir en un maldito sofá no hacía falta pijama de seda!

La llamada a la puerta se repitió. Norton entreabrió los párpados, bostezó, y alzó el antebrazo izquierdo, de modo que el resol que llegaba desde las entornadas persianas le permitiera ver la hora. Eran casi las doce de la mañana.

—Están llamando —dijo Mary, apareciendo en el umbral de la sala, que era a la vez recibidor.

—Ya lo he oído —gruñó Norton, sentándose en el sofá—. 'Vuelve al dormitorio, no quiero que te vean, tan preciosa y encantadora con ese pijamita, otros ojos que los míos. Yo abriré.

—Antes de abrir pregunta quién es, o echa un vistazo.

—Claro. ¡No vaya a ser que nos ataquen los rusos!, ¿eh?

Mary Marlin desapareció hacia el dormitorio y Norton fue a abrir, lo que hizo sin más complicaciones. Se quedó mirando a los dos sujetos que había ante él. Ambos eran rubios, guapísimos, muy correctamente vestidos, y sonreían.

—¿Señor Wolf? —preguntó uno de ellos.

—Así es —sonrió a su vez Norton—. Oigan, ustedes me recuerdan a alguien... ¿Les envía el señor Edgewater? ¿Son empleados de él?

—No conocemos a ese señor. ¿Podernos pasar?

—¿Qué quieren? Estaba durmiendo, así que...

—Perdone. Usted es el señor Norton Wolf, ¿cierto?

—Sí, cierto, pero si no me dicen...

—Por favor —dijo el guapo, empujando suavemente a Wolf.

Éste frunció el ceño, y miró la mano que se apoyaba en su pecho. Las uñas estaban discretísimamente manicuradas. Eran unas manos hermosas, muy bien cuidadas.

—Si me vuelve a empujar le partiré la muñeca como si fuese un fideo —dijo Norton—. Y no es broma. Eso es... Con esa manita se toca usted los cojones, si quiere, pero no a mí. Y ahora, porque a mí me da la gana, pasen, digan lo que sea y así podré seguir durmiendo.

Los dos hombres entraron, en silencio. Norton cerró la puerta,

sin dejar de mirar a los visitantes, los cuales, tranquilamente, metieron la mano derecha bajo la axila izquierda, y sacaron sendas pistolas, con las que apuntaron a Norton.

—No se ponga nervioso, señor Wolf.

Éste apretó los labios. El sujeto que había hablado sacó un silenciador del bolsillo del pantalón, y lo acopló a la pistola, mientras el otro seguía apuntando a Norton. Luego fue el otro el que puso un silenciador a su arma, y dijo:

—Ve a por la chica. Yo vigilo al señor Wolf.

—Oigan, esperen un momento —masculló Norton—. Esto...

—Tranquilo, señor Wolf, tranquilo. Sólo queremos conversar unos minutos con ustedes dos. Y será mejor que nos escuchen y nos den respuestas, sin complicarnos la vida, porque si lo hacen todo va a terminar mal... para ustedes, se entiende. Trae a la chica.

El otro se dirigió hacia el dormitorio. Norton lo miró profundamente preocupado, pensando que si a ella le daba por reaccionar mostrando su desagrado las cosas sí que podían complicarse.

Pero no hubo problemas. El sujeto regresó en pos de Mary Marlin, está todavía en pijama, y con expresión de no tenerlas todas consigo.

—¿Qué pasa? —Casi tartamudeó—. ¿Quiénes son ustedes?

—Es curioso —sonrió el que controlaba a Norton—. Precisamente eso queríamos preguntarles nosotros a ustedes. ¿Quiénes son?

—¿Cómo que quiénes somos? —Gruñó Norton—. Usted mismo ha llegado preguntando por mí, ¿no es cierto? Soy Norton Wolf. Y ella es... la señorita Marlin.

—¿De veras? Sin embargo, están inscritos en el motel como señor y señora Wolf. Nos hemos interesado por ello. Del mismo modo que nos hemos interesado por otras cosas.

—¿Qué otras cosas?

—Ustedes fueron vistos ayer visitando al señor Edgewater...

—Creí que no conocían a ese señor —masculló Norton.

—Bueno, sólo de vista —sonrió el hombre—. Decía que ustedes fueron vistos ayer visitando al señor Edgewater. Muy bien, normal. Sin embargo, por la noche volvieron, se apostaron cerca de la villa, y posteriormente usted, señor Wolf, estuvo siguiendo a un par de

chicas. Es decir, a una sola, ya que no es usted ubicuo, ¿verdad?

—U... ¿qué?

—Ubicuo, señor Wolf: persona que puede estar en dos o más sitios a la vez.

—¡Caray! No, no soy ubículo. ¿Lo he dicho bien? Ubículo.

—No, no lo ha dicho usted bien, pero no importa. A nosotros nos gustan los chistes. Mire, señor Wolf, desdichadamente, nosotros nos dimos cuenta de sus actividades nocturnas cuando ya no podíamos impedirselas. Y luego, cuando usted regresó y se metió en el coche con la señorita Marlin, ya teníamos planteada una seria duda: ¿quiénes eran realmente ustedes dos? Porque nosotros, señor Wolf, temíamos que fuesen algo diferente a periodistas, ¿comprende?

—¿Por ejemplo?

—Oh, de la Policía, del FBI, de la CIA, cosas así. De modo que, claro está, nos mostramos muy cautos. En primer lugar, optamos por seguirlos a ustedes desde Prince Frederick hasta aquí, y no se mortifique por no haberse dado cuenta, puesto que somos expertos. Sí, estábamos preocupados, porque si pertenecían al FBI, pongo por caso, significaba que nuestro grupo estaba en apuros. Pero, para sorpresa y alivio nuestro, ustedes se vinieron directamente a este motel, se metieron en esta cabaña, y ya está. Así las cosas, tuvimos que comprender que no son... personalidades oficiales, sino simples particulares. Hemos esperado por ahí fuera, hemos hecho preguntas, y todo indica en ese sentido: el señor y la señora Wolf, periodista y fotógrafa. Y entonces, señor Wolf: ¿qué es lo que están haciendo ustedes vigilando tan... estrechamente al señor Edgewater?

—Es muy simple: queremos conseguir un reportaje especialísimo sobre él. Puede preguntarle al propio señor Edgewater.

—Señor Wolf, ustedes están *espiando* al señor Edgewater, y eso está muy feo. Nos hemos enterado, además, de que cuando usted dejó sola a la señorita Marlin fue para seguir en un taxi a una de las empleadas del señor Edgewater... Francamente, señor Wolf, nos parece que ustedes se están excediendo, para ser simples particulares. ¿O no lo son?

—Ya le he dicho que sí —masculló Norton—. Todo lo que queremos es ese reportaje. Somos periodistas. Somos particulares,

eso es todo.

—O sea, nada de CIA, Policía, FBI... ¿Nada?

—Nada.

—Espléndido. Ahora, señor Wolf, póngase la chaqueta, y usted, señorita Marlin, vaya a vestirse. Saldremos a dar un paseo en coche. Acompaña, Elmer.

—¿Qué pretenden ustedes? —murmuró Norton.

—Les vamos a demostrar lo mucho que nos molesta que ustedes se hayan enterado, seguramente, de cosas que no nos conviene a nosotros que se divulguen en modo alguno.

—¿Cómo lo del diplomático alemán Hans Rottemberg, por ejemplo?

Un gesto duro, frío, apareció en los bellos rostros de los dos hombres.

—Realmente, señor Wolf —susurró Elmer—, ustedes han llegado a saber demasiado. Oye, Denis, yo creo que ni siquiera vale la pena llevárnoslo. Podemos hacerlo aquí.

—¿El qué? —preguntó Norton—. ¿Matarnos?

—En efecto, señor Wolf. Lamentablemente, nos han puesto ustedes mismos en la necesidad de silenciarlos. Así que... ¡Hey!

Visto y no visto, creíble e increíble. Mary Marlin, que estaba delante de Elmer y casi completamente de espaldas a él, giró velozmente hacia su izquierda, desvió con esa mano la derecha de Elmer, y al mismo tiempo, su pie derecho subió con tremenda fuerza hacia las ingles del hombre.

El impacto en el paquete genital de Elmer se produjo en el mismo instante en que tanto éste como su compañero Denis disparaban sus pistolas. Sonaron los dos amortiguados chasquidos, y, mientras la bala disparada por Elmer se clavaba en la pared, la disparada por Denis iba a dar al techo, debido al salto hacia atrás que efectuó Denis al recibir en pleno rostro el escalofriante derechazo aplicado por Norton Wolf.

Denis cayó rodando, salpicando sangre a todos lados desde su boca y su nariz, reventadas por el puñetazo. Elmer se encogió, palideció, se tambaleó... pero sus ojos desorbitados se clavaron en Mary Marlin, a la que intentó apuntar de nuevo. Esta vez, el tremendo *tsuki* de karate le acertó en la barbilla, que crujió. Elmer terminó de desorbitar los ojos, que quedaron en blanco, y se

desplomó hacia atrás como muerto.

En ese mismo instante, Denis, que se revolvía en el suelo y buscaba loco de furia a Norton Wolf, chilló al verlo junto a él, quiso apuntarle... El puntapié de Norton Wolf le acertó en el hígado. El impacto pareció efectuado sobre un tambor. Denis pareció que fuese a lanzar los ojos fuera del rostro, que se desencajó y adquirió de súbito un sorprendente tono amarillento. Acto seguido, sin un gemido siquiera, se desplomó y quedó inmóvil.

—Demonios, parece chino... —dijo Norton—. ¡Fíjate qué amarillo ha quedado!

—Debe tener mal el hígado. —Que no, mujer, que lo que pasa es que es un chino que venía disfrazado. Así que ya tenemos en esto a los rusos y a los chinos.

—Debe haber otro hombre por ahí fuera, en un coche —dijo Mary Marlin.

—Uno o más —asintió Norton—. Yo creo que lo mejor que podemos hacer, por el momento, es largarnos de aquí, para que no nos tengan localizados... ¡Y desde luego, estos tipos trabajan para el Gran Brujo! Bueno, vístete mientras yo empaqueto a estos sujetos.

En seis o siete minutos cada cual hizo su parte: Mary se vistió, metió las cosas de ambos en las maletas, y las llevó a la salita. Norton ató y amordazó a los dos sujetos, uno de ellos lleno de manchurrónes de sangre, y se quedó con sus armas. Cuando Mary se reunió con él señaló una de las ventanas.

—He visto al otro, dentro de un coche. Seguro que es el amiguito de estos dos, porque es igualmente rubio y guapo. ¡Pandilla de maricas!

—Quizá sean maricas, pero también asesinos —dijo Mary—. No estaban bromeando cuando decían que iban a matarnos.

—¡Toma, eso ya lo sé! ¡Si ya sabía yo que esto tenía que complicarse, vaya si lo sabía!

—Tenemos que marcharnos cuanto antes. Tengo miedo.

—No sé qué te preocupa, sabiendo atizar esos mamporros, pero en fin, tienes razón. De buena gana le metería un balazo desde aquí al tipo del coche. No se enteraría ni él. Pero creo que debemos marcharnos digamos más pacíficamente, si es posible... ¡Ya sé! Tú espérame aquí.

—¿Qué vas a hacer?

—Si quieres saberlo mira por la ventana.

Norton Wolf se puso la chaqueta, salió del *bungalow*, y se encaminó sin titubeo alguno hacia el coche estacionado a unos treinta metros de aquél, y ante cuyo volante estaba sentado otro atractivo rubio... que lo miró con suma atención cuando lo vio acercarse solo. El hombre miró hacia la casa, miró de nuevo a Norton Wolf, y de pronto sonrió, salió del coche, y abrió la portezuela derecha de atrás. Cuando Norton llegó allí, el sujeto, sosteniendo la portezuela abierta, dijo, burlonamente:

—Así me gusta, amigo. Si usted se porta bien, a la chica no le pasará nada. Vamos, entre. Y tranquilo, ¿eh?

—¡Si serás bobo! —masculló Norton.

El hombre le miró con una chispa de furia en los ojos. En ese instante recibió el rodillazo en los testículos, y cuando se inclinaba, el gancho en plena barbilla, que lo enderezó. Un espantoso zurdazo al hígado lo puso fuera de combate, y lo empujó dentro del coche, cuyas portezuelas cerró Norton Wolf.

Acto seguido fue hacia su coche, lo puso en marcha y fue a detenerlo ante el *bungalow*. La señorita Marlin salió cargada con las dos maletas, y el señor Wolf se apresuró a apearse para ayudarla a colocarlas en el maletero.

Un minuto más tarde, el señor Wolf entraba en la cabaña conserjería, y pedía la cuenta al turulato conserje.

—Pero creí que estarían más tiempo.

—No. Sólo el fin de semana. Se acaba el domingo, amigo mío, y tenemos que volver a casa. A Chicago, ¿comprende? Si llegase algún recado para nosotros, nos lo envía allá: 1288, Belvedere Street. ¿De acuerdo?

Cuando el señor y la señora Wolf se alejaban del «Delys Motel», ella dijo, malhumorada:

—¡Y ni siquiera nos hemos bañado en el mar!

—Peor lo va a pasar el Gran Brujo —vaticinó Norton Wolf.

CAPÍTULO VI

Los ardientes ojos de Abenamar Edgewater, inyectadas en sangre las córneas, iban de uno a otro de los tres hombres que aparecían sobrecogidos, casi aterrados, ante el Gran Brujo.

—De modo que se os escaparon —murmuró por fin Abenamar—. Un solo hombre y una mujer, ¡y se os han escapado!

—No eran normales —susurró Elmer.

Brownell, el apuesto sujeto que según Mary Marlin era ruso, alzó las cejas, con gesto interrogante, más bien perplejo.

—¿No eran normales? ¿Qué queréis decir con eso?

Elmer, Denis y Albert miraron a Brownell. Albert, que había recibido el correctivo aplicado por Norton Wolf antes de que éste lo dejase hecho un guiñapo en el coche, tomó la palabra.

—Es cierto, señor Brownell, no eran normales. El tipo ese pega muy duro, y ella también... Cuando me recuperé y fui a la cabaña, encontré a Elmer y a Denis atados como fardos, y amordazados. En cuanto los liberé me confirmaron que no eran normales: pegan muy duro.

—¿Ella también?

—Sí señor —masculló Elmer—. Esa mujer pega con los pies y con las manos como si estuviera haciendo *ballet*. Y el tal Wolf sacude como una bestia.

—¿Un boxeador y una karateka? —sonrió Brownell.

—Supongo que algo así, sí señor.

Brownell frunció el ceño. Abenamar soltó un gruñido:

—En resumen, que os dieron una paliza, pagaron la cuenta del motel y se largaron tranquilamente. ¡Inútiles de mierda!

Los tres guapos mozos encajaron en silencio el insulto. Brownell movió la cabeza con gesto preocupado.

—Que un tipo fuerte como Norton Wolf sepa pegar, no me sorprende demasiado —murmuró—. Que una mujer como esa encantadora rubia sepa karate tampoco es cosa del otro mundo, pues hoy hay muchas mujeres que saben defenderse. Pero que los dos estén juntos en esto ya me resulta inquietante. Muy inquietante, Abenamar.

—¿Crees que pueden ser del FBI o de la CIA?

—Eso es lo que me desconcierta. Si lo fuesen, ya tendríamos aquí un montón de hombres armados pidiéndonos cuentas, y la casa estaría rodeada... Además, según estos tres inútiles, parece que Norton y la rubia trabajan solos, y son periodistas... Periodistas un tanto peculiares, tercos, ávidos de conseguir prestigio profesional, pero periodistas y nada más...

—Al menos, nos enteramos de eso —buscó disculpas a su fracaso Denis.

—Sí, algo es algo. De acuerdo, son sólo un par de periodistas que buscan algo excepcional, para... promocionarse. Y ahora más que nunca habrán comprendido que están tras algo bueno. La pregunta es: ¿seguirán solos en esto o avisarán a la Policía de que unos empleados del Gran Brujo han querido matarlos?

—Si hubieran avisado a la Policía, o al FBI, ya los tendríamos aquí —dijo Albert—. Es lógico, y usted mismo lo ha dicho.

David Brownell volvió a mover la cabeza con aquel gesto de preocupación.

—Está bien, supongamos que sigan solos en esto, que se lo tomen como una arriesgada misión periodística en la que quieren conseguir fama. ¿No demuestra eso de todos modos y bien claramente que son dos personas de cuidado? Hace falta tener agallas para hacer una cosa así, ¿no es cierto?

—Ese Wolf es un tipo duro —gruñó Albert—. Y la chica es una gata.

—Bien —se impacientó Abenamar—, sea como sea tenemos que encontrarlos, para saber qué piensan hacer. Y por si han avisado a la Policía, convendría...

Sonaron dos golpes a la puerta del salón, donde se celebraba la reunión, y Abenamar Edgewater autorizó la entrada. Apareció el bello George, que ante la interrogante mirada del Gran Brujo, explicó:

—El señor Wolf desea ser recibido.

El pasmo fue general y total. Acto seguido, todas las miradas coincidieron en David Brownell, cuyo ceño se había fruncido. Por fin, miró a Abenamar, y le hizo un gesto de asentimiento, que el brujo trasladó a George. Éste salió, y a los pocos segundos reapareció, anunciando:

—El señor Norton Wolf.

Éste entró, tan campante, sonriente. Una sonrisa que adquirió un claro matiz irónico cuando vio a Albert, Denis y Elmer, los cuales apretaron los labios hoscamente.

—Buenas tardes a todos —saludó afablemente Norton—. ¿Qué tal van las cosas por aquí? Espero que no estén muy enfadados conmigo, señor Edgewater. A fin de cuentas, fueron ustedes quienes quisieron matarme a mí.

—Claro que no —sonrió el Gran Brujo—. Todo fue un malentendido, señor Wolf.

—¿Sí? ¡Menos mal! ¿Qué clase de malentendido?

—Bueno, soy una persona... en peligro, señor Wolf. He sido amenazado muchas veces por mis predicciones.

Ya sabe, siempre hay locos sueltos. La verdad es que temíamos que usted estuviese tramando algo contra mí, así que queríamos saberlo... y sólo se trataba de asustarlo, ¿comprende?

—¿Quiere eso decir que no me habrían matado?

—¡Claro que no!

—No sabe cuánto me tranquiliza oír eso —sonrió de oreja a oreja Norton Wolf—. Significa que seguimos siendo amigos, ¿no es cierto, señor Edgewater?

—¡Naturalmente!

—Espléndido... ¡Magnífico! Porque yo, señor, he venido a pedirle a usted un favor... ¡Y no irá usted a negármelo, siendo tan buenos amigos!

Abenamar sonreía por fuera. David Brownell miraba con expectante desconfianza a Norton Wolf, lo escrutaba como si quisiera adivinar sus más escondidos pensamientos.

—Espero poder complacerle, señor Wolf. ¿Qué favor es ése?

—Quiero saber cómo puede saber usted que se va a producir ese cataclismo sísmico... y quiero saber cómo supo que se iban a producir las demás catástrofes que vaticinó. Y por favor, no me

venga con cuentos chinos, ¿quiere? Nada de visiones, ni premoniciones, ni avisos del Más Allá... Nada de eso. La verdad pura y simple. Usted me dice eso, yo pienso en la conveniencia de escribir un reportaje que tire de culo a la gente, y aquí no ha pasado nada.

—Evidentemente, señor Wolf —intervino Brownell—, anda usted tras la fama con gran tesón.

—La vida es muy dura, amigo mío. Y a propósito: ¿quién es usted?

—David Brownell, consejero social del señor Edgewater.

—¿Consejero social? Vaya, cada día se inventan profesiones nuevas.

—La mente evoluciona, señor Wolf —sonrió Brownell—. ¿Dónde está su amiga, la señorita Marlin?

—En cierto lugar esperando mis noticias. Y si no recibe noticias mías antes de las nueve de la noche avisará al FBI.

—Su actitud nos abruma, señor Wolf —dijo con expresión compungida Abenamar Edgewater—. Ya le he dicho que todo fue un malentendido y que...

—¿En qué lugar le está esperando la señorita Marlin? —le interrumpió Brownell—. Y no se haga el duro o el gracioso conmigo, señor Wolf, porque sólo conseguirá irritarme.

—Pues ya puede cabrearse todo cuanto quiera, porque no pienso decírselo. Es mi seguro de vida, ¿sabe usted?

—Señor Wolf, las personas de sus características me preocupan mucho, así que tengo por norma quitarlas para siempre de mi camino en cuanto aparecen, afrontando todos los riesgos. Quiero decir con esto que si usted nos dice dónde está la señorita Marlin, le vamos a matar amablemente, de un simple balazo en el corazón. Pero si no nos lo dice, le vamos a descuartizar. Y esta vez, señor Wolf. —Brownell sacó una pistola—, le aseguro que sus posibilidades de fuga están reducidas a cero. ¿Y bien? ¿Dónde está la señorita Marlin?

Norton Wolf se pasó la lengua por los labios, fija su mirada en los ojos de David Brownell... De pronto dio media vuelta, y echó a correr hacia la puerta...

—¡Agarradlo vivo! —gritó Brownell, echando a correr él también en pos de Norton.

Éste llegó a la puerta, la abrió... y recibió en el bajo vientre el puntapié disparado por el bello George. Norton lanzó un bramido, se encogió, y comenzó a caer hacia atrás, pero disparando a su vez la pierna derecha, y devolviendo el golpe a George, que saltó como un conejo, lívido, y cayó rodando. Al instante siguiente, Albert, Elmer y Denis caían sobre la espalda de Norton, derribándolo y lanzándose sobre él como gatos furiosos dispuestos a despedazarlo, pero Brownell tenía otros planes, así que grito:

—¡Sujetadle, sólo sujetadle!

Al mismo tiempo, lanzaba un punterazo al hígado de Norton, que resopló fuertemente y palideció. Disparó un puñetazo que no llegó a saber a quién alcanzó, porque en ese momento recibió otro puntapié por parte de Brownell, ahora en la barbilla, y todo comenzó a darle vueltas. Abrazado a su cintura, Albert se desquitó de los golpes recibidos horas antes golpeando con el puño en los genitales de Norton, que lanzó otro aullido... que se quebró al recibir otro impacto en el hígado.

Cuando vino a darse cuenta estaba de pie, pero le parecía que el suelo era de goma, y todo danzaba y giraba a su alrededor. Dos violentísimas bofetadas le partieron el labio superior, llenando su boca de sangre, pero le despejaron. Ante él vio la borrosa silueta del atractivo David Brownell. Quiso golpearle, pero sus brazos estaban retorcidos hacia atrás, y bien sujetos por tres hombres ávidos de desquite.

—Bueno, señor Wolf —dijo suavemente Brownell—. Como ve las cosas se le han puesto francamente mal esta vez. ¿Dónde está la señorita Marlin?

Norton Wolf chupó su labio partido, reunió un pegote de sangre, y lo escupió hacia el rostro de Brownell, pero éste lo esperaba, y se apartó ágilmente, castigando de nuevo acto seguido al periodista, con un espeluznante corto al estómago. Sin transición, volvió a golpearle en el hígado, y de nuevo en el estómago...

—Es usted... condenadamente duro... —jadeó Brownell, viendo que las piernas de Norton no terminaban de ceder—. Y yo no voy a fatigarme, se lo aseguro. ¡Traedme una navaja, un cuchillo, un tenedor, lo que sea! ¡Vamos a sacarle los ojos al señor Wolf!

—¡No! —gritó Norton—. ¡Eso no! ¡NO!

—De usted depende, señor Wolf. ¿Dónde está la señorita Marlin?

Los dos hombres entraron en el bar, localizaron a David Brownell sentado ante una mesa, y se acercaron a él. Brownell alzó la cabeza, los vio, y frunció el ceño al ver la expresión de ambos hombres, que no formaban parte del bello cortejo del Gran Brujo, sino que eran más corrientes, menos dulces y hermosos. Los dos se sentaron frente a él, y uno de ellos dijo:

—La chica no está en el hotel.

—¿Quieres decir que Wolf me mintió? —Se mostró incrédulo Brownell.

—No, no. Los dos están inscritos en el «Port Hotel» de aquí, de Port Republic, pero ella no está en el hotel en este momento. El conserje dice que salió poco después de media tarde. Su llave, y la de ese Wolf, están en los casilleros... ¿Quieres que subamos a sus habitaciones a echar un vistazo?

—No, tengo ya el pleno convencimiento de que son dos periodistas locos, y nada más que eso. De lo contrario, ya se me habría echado encima la CIA, el FBI, la Policía, toda la Guardia Nacional... No quiero más complicaciones. Pero tenemos que encontrar a esa mujer... y llevarla al barco.

—Podemos esperarla cerca del hotel, y en cuanto la veamos aparecer ir a por ella.

—De acuerdo. Yo espero aquí. Avisadme en cuanto la tengáis en vuestro coche. Y haced las cosas bien, nosotros no somos como esos idiotas maricas de Edgewater.

—Claro que no —masculló uno de los hombres.

Los dos se pusieron en pie, y salieron del bar cercano al embarcadero de Port Republic, localidad a seis o siete millas al Sur de Prince Frederick. Brownell quedó pensativo. Desde luego, Norton Wolf no le había mentado, eso estaba claro, así que era de esperar que pronto cazasen a Mary Marlin. Pero, mientras tanto, ¿dónde estaba ella, y qué estaba haciendo...?

—¿Me invita a café?

David Brownell, que había quedado con la cabeza baja, no la alzó, de momento; sintió aquel lento escalofrío que recorrió todo su cuerpo, sin duda debido al hecho de que la voz femenina hubiera sonado en nítido idioma ruso.

Por fin, alzó la cabeza, y miró a la sonriente, preciosa y rubia señorita Marlin.

—Con mucho gusto —murmuró, también en ruso—. Por favor, siéntese.

—Gracias —se sentó Mary Marlin.

David Brownell pidió café por señas al camarero, y miró con sumo interés, penetrantemente, a Mary Marlin.

—Si no le importa, hablaremos en inglés, señorita Marlin.

—Ningún problema. ¿Hablo mal el ruso?

—No, no. Aunque sólo le he oído unas pocas palabras, me parece que lo habla muy bien. Lo cual resulta sorprendente, ¿no le parece?

—Depende. En cuanto le oí hablar en la villa del señor Edgewater capté su levísimo acento ruso. ¿Y sabe por qué?

—¿Por qué?

—Porque yo también soy rusa. —Mary se echó a reír—. No se sorprenda tanto. Bueno, en realidad soy ciudadana norteamericana por nacimiento y educación, pero mis padres eran rusos, y hasta que fallecieron, hace unos pocos años, en casa siempre se ha hablado ruso. En cuanto a mi nombre, es Marya, y mi apellido, que mi padre americanizó, es Marlinkof. Mary Marlin suena mejor que Marya Marlinkof, ¿no le parece?

—En Estados Unidos, sí.

—Es que *estamos* en Estados Unidos, señor... señor...

—David Brownell.

—¡Oh, vamos...!

—De acuerdo —sonrió Brownell—. Me llamo David Boskov.

—Eso está mejor. ¿Es usted diplomático?

—No exactamente.

—Ya. Bueno, camarada Boskov, me parece que todos estamos en un pequeño lío... ¿Norton está bien?

—Bastante bien. Sólo tiene unos cuantos golpes. ¿Sabía usted que él la delataría, y que vendríamos a buscarla?

—Así lo convinimos Norton y yo.

—Pues lo ha hecho muy bien. Se ha dejado zurrar de lo lindo. Es fuerte como un oso, desde luego. Pero más listo. Y usted también me parece muy lista. Lo que querían era hacer este contacto conmigo, ¿no es cierto?

—Exactamente. Y sin... interferencias. Mire usted, Boskov, en cuanto le dije a Norton que usted era ruso pensamos que es un espía, y eso nos asustó un poco. Pero los dos somos periodistas, y queremos conseguir un reportaje absolutamente sensacional. Al menos eso es lo que yo le dije a Norton.

—No comprendo.

—Norton cree que sólo se trata de conseguir ese reportaje sobre el Gran Brujo, pero yo creo que se puede conseguir mucho más... a menos que usted se muestre irrazonablemente intransigente.

—¿Qué es lo que quiere usted?

—Como comprenderá, antes de ponerme ante usted he tomado mis medidas de seguridad, así que si intentase algo contra mí cierta nota llegaría a la CIA indicando que el señor Brownell se dispone a llevar a cabo cualquier acción de espionaje, y que es ruso, y...

—Ya he comprendido eso —masculló David Boskov—. ¿Qué es lo que quiere usted?

—Me gustaría... poder hacer algo por la patria de mis padres. Pero también me gustaría convertirme en una periodista famosa y tener doscientos cincuenta mil dólares. He pensado que por mediación de usted podría conseguir ambas cosas.

—¿De qué modo?

—Usted me pone al corriente de los trucos que emplea el Gran Brujo para sus predicciones tan infalibles, y me permite hacer algunas fotografías especiales. Luego, Norton y yo escribimos el reportaje, y ustedes siguen con sus asuntos... secretos. Con eso, y con doscientos cincuenta mil dólares, me conformo.

—Serían ciento veinticinco mil, ¿no? —sonrió Boskov—. ¿O no piensa repartirlos con el señor Wolf?

—Claro que no —sonrió Mary Marlin—. Ya repartiré con él la fama de un reportaje extraordinario... ¿Por qué he de darle nada más? Oh, por supuesto cuento con la discreción de usted en ese sentido.

—Pero Wolf sabe que yo soy ruso. ¿Se callaría esa información?

—Deje usted a Norton de mi cuenta —rió Mary.

—Entiendo. Bien, no sé... Francamente, me parece que no tiene usted una idea muy clara de lo que es el espionaje, Marya. Eso de pedir a mis jefes doscientos cincuenta mil dólares es una barbaridad.

—Yo creía que los espías nadaban en oro.

—Se reiría si supiera lo que cuesta conseguir un *kopec* de mi servicio. Y un cuarto de millón de dólares es... una fortuna.

—Sí, lo sé. Por eso la pido. Estoy harta de ser una fotógrafa sin más perspectiva que la de conseguir de cuando en cuando un aumento de cien dólares al mes. Ahora tengo mi oportunidad de ser rica y de convertirme, por fin, en una fotógrafa cotizada... Usted tiene que entender esto, David.

—Claro que lo entiendo. Bueno, en fin... Mire, creo que debemos marcharnos de aquí, y terminar la conversación en otra parte.

—¿Dónde?

—Hay un sitio donde nadie nos molestará... ni podrá oír lo que hablamos. ¿Tiene usted coche?

—No. Mi hotel está aquí mismo, y no pensaba alejarme de él. Así que esperé que alguien llegara en mi busca, seguí a sus dos amigos hasta aquí, y le vi a usted.

—Ya. Bueno, iremos al barco, si no le importa. Está precisamente en el embarcadero de Port Republic... Me gustaría invitarla a cenar.

—Le recuerdo a usted que me he preocupado por mi seguridad, David.

—No hay cuidado. La verdad es que estoy pensando algo que quizá le interese más que doscientos cincuenta mil dólares y un relativo prestigio profesional en el periodismo gráfico. Tal vez podríamos llegar a ser grandes amigos, Marya.

Marya Marlinkof se quedó mirando fijamente a Boskov. Por fin, entornó los ojos, y susurró:

—¿Quiere decir que yo podría trabajar para ustedes, para el espionaje ruso?

—¿Le parece mala idea?

Ella se pasó la lengua por los labios, parpadeó... Llegó el camarero con el café. Mary Marlin lo tomó, y lo bebió a lentos sorbos, observada muy atentamente por el espía ruso. Ninguno de los dos habló mientras duró el café de ella.

—Podemos hablar en su barco —dijo de pronto Mary—. Aunque le advierto que no me gusta mucho la idea de ser una traidora a mi patria.

—¿Su patria? ¡Usted es rusa!

—He nacido aquí. Pero no hablemos más de eso ahora. Vamos a su barco.

Se pusieron en pie, Boskov dejó un billete sobre la mesa, y salieron del bar. David Boskov señaló su coche, estacionado muy cerca, y se metieron en él. El ruso condujo hacia el hotel de Mary Marlin, y detuvo el coche junto al de sus compañeros, que se quedaron atónitos al ver a la muchacha junto a Boskov. Éste miró a Mary.

—Voy a darles unas instrucciones a mis amigos. Vuelvo enseguida.

Ella no dijo nada. Boskov salió de su coche, se acercó al otro, y se inclinó hacia la ventanilla del conductor. Estuvo hablando menos de un minuto, regresó a su coche, y partió hacia el embarcadero.

—¿Qué clase de barco tiene? —preguntó Mary.

—Ya lo verá. Es muy interesante.

—¿Un barco-espía? —rió ella.

—Más o menos —sonrió el agente ruso.

CAPÍTULO VII

—Pues no parece en absoluto un barco-espía —dijo Mary, sin salir todavía del coche.

El barco llevaba el nombre de «Titán», ostentaba bandera norteamericana, y parecía un pesquero, aunque con ciertas características peculiares, empezando por el hecho de que aparecía extraordinariamente limpio, y había sido pintado de blanco con una graciosa franja azul ondulante a todo lo largo del casco.

—A todos los efectos —explicó Boskov— es un viejo pesquero acondicionado por un grupo de amigos para navegar por estas costas realizando investigaciones submarinas. Y nadie podría pensar otra cosa si subiera a bordo.

—¿Pero es un barco-espía?

—No. Desde él no espíamos nada, ni llevamos material de esa clase. Es lo que parece, sólo que los muchachos que encontrará a bordo están entrenados para cosas muy diferentes a la investigación submarina.

—¿Por ejemplo?

David Boskov se echó a reír, salió del coche, y tomó a Mary de un brazo cuando ella salió. Segundos más tarde subían por la pasarela y abordaban el «Titán». Había allí algunos muchachos atléticos y atractivos, sentados en extensibles y asientos de lona colocados en la cubierta de popa. Boskov los saludó con un gesto, y llevó a Mary al interior del barco. Por todas partes había material para inmersiones, y cámaras submarinas. Resultaba un lugar... deportivo y alegre.

—¿Quiere más café, o un aperitivo, antes de cenar?

—No, gracias.

Mary Marlin se sentó en una graciosa mecedora de madera con

asiento de nudos marineros, abrió su bolso, y sacó cigarrillos. Encendió uno, observada atentamente por Boskov, que de pronto se echó a reír. Ella le miró expectante.

—¿Qué le hace gracia ahora? —murmuró.

—Usted —dijo él—. Usted y ese fantoche de Norton Wolf. Han cometido una terrible imprudencia... camarada Marlinkof: debieron avisar directamente a la CIA y dejarse de tonterías como la de esa nota.

—Le aseguro a usted que si algo nos ocurre a Norton o a mi esa nota llegará a la CIA —dijo Mary.

—La ambición es mala cosa, camarada Marlinkof. Debo admitir que si realmente ustedes consiguieran un reportaje como el que están buscando serían muy famosos, y quizá, desde su punto de vista, valga la pena correr riesgos por ello, pero se han excedido. Se han pasado de audaces, y se han convertido en un par de chiflados.

—Tengo la impresión, camarada Boskov, que no piensa usted facilitarnos ni el reportaje ni los doscientos cincuenta mil dólares.

—Tal vez habría llegado a un acuerdo en ambos sentidos si solamente interviniera usted en el juego, pues cabría admitir la remota posibilidad de que, en efecto, aceptase trabajar con Abenamar y conmigo, al ser de ascendencia rusa. Pero está el señor Wolf, americano cien por cien, y mucho me temo que a él no le gustaría que nuestros asuntos siguieran adelante. Así se lo hago saber a Abenamar por medio de los dos hombres que le he enviado... y ya verá cómo Abenamar no querrá correr el menor riesgo...

* * *

Abenamar Edgewater entró en la habitación donde Norton Wolf yacía en un lecho, atado de pies y manos al mismo, y vigilado por Elmer, pistola en mano. Al parecer, habían decidido aceptar el índice de peligrosidad del periodista. Nada de riesgos.

—Señor Wolf —dijo el Gran Brujo, señalando por encima de un hombro a los dos sujetos que entraron tras él—, dos amigos del señor Brownell me han traído malas noticias... para usted.

—Muérase —masculló Norton—. Y luego vea de resucitar, que para eso es un gran brujo. ¿Por qué no hace la prueba?

—¿Le parto los dientes? —sugirió Elmer.

Edgewater negó con un gesto, y se colocó junto a la cama.

—No entiendo bien qué clase de audacia es la de ustedes dos, señor Wolf, pero en todo caso, es suicida. Claro que quien mucho quiere mucho ha de arriesgar, pero tal vez debieron ustedes pedir ayuda directamente en lugar de escribir una simple nota que podría llegar a la CIA, la cual se habría interesado con mucho gusto por mi buen amigo David Boskov, a quien usted conoce como Brownell. La codicia les ha perdido a ustedes. En estos momentos, la señorita Marlin está en poder de Boskov. ¿Comprende esto?

—Si a nosotros nos ocurre algo, esa nota llegará a la CIA.

—Claro que no. Y le diré por qué, señor Wolf: porque usted va a ir a recoger esa nota del lugar donde la depositaron para que fuese cursada en determinado momento. Sea inteligente, señor Wolf. Al venir aquí y provocar la movilización de Boskov consiguió ciertamente que la señorita Marlin hiciera contacto con él privadamente, pero eso no les soluciona nada a ustedes, pues sin duda es Boskov quien está jugando con ella. Y yo con usted, del siguiente modo: o va usted con estos dos hombres a recoger esa nota, o vamos a castrarle, y luego le haremos traer a esta misma cama a la señorita Marlin... pero sin cabeza. ¿Qué le parece?

—Es una situación muy sexy —murmuró Norton.

—Yo no estoy bromeando, señor Wolf. Comprendo que ustedes no piensan en este recurso por mi parte, pero se lo juro: si usted no me proporciona esa nota, haré lo que le he dicho.

—¿Y si se la proporciono?

—Les daremos una muerte dulce y rápida. Créame, es la menos mala de las pocas alternativas de que disponen.

—No me consta que Mary esté con Boskov.

—Lo está. Boskov la ha llevado al «Titán», nuestro barco-escuela, por llamarlo de algún modo. Está en el embarcadero de Port Republic, y si lo desea estos dos amigos pueden llevarle allá para que vea usted que es verdad todo cuanto digo.

—Me gustaría ver a Mary, en efecto.

—Ningún problema, señor Wolf. Yo voy a llamar a Boskov al «Titán» por medio de la radio, para decirle cómo están las cosas y darle algunas instrucciones. Puedo pedirle que salga a cubierta con la señorita Marlin para que usted la vea desde el coche en el que

van a trasladarle. ¿Le parece bien?

—Supongo que es lo máximo que piensa usted concederme.

—Cierto. Pero no se preocupe, después de que haya entregado la nota a estos dos amigos, usted se reunirá con la señorita Marlin... para siempre. Un trato es un trato.

—Es usted un brujo muy bondadoso. Sin embargo, he estado reflexionando este último rato, y creo que sus brujerías no son más que una patraña. Usted no es clarividente, ni predice nada de nada.

—¿Cómo es eso, señor Wolf! ¿Ya no me admira usted?

—Si se me hubiera ocurrido antes lo que he estado pensando ahora, las cosas no estarían así —murmuró Norton Wolf—. Entonces sí que habríamos avisado directamente a la CIA y usted y ese ruso estarían ya a buen recaudo... o muertos.

—Caramba... ¿Y qué es lo que ha pensado usted últimamente, señor Wolf?

—He pensado que ustedes son los más grandes criminales de la Historia.

—¿No cree que nos está concediendo demasiado honor? ¡Los más grandes de la Historia! Vamos, no sea usted tan lisonjero... ¡La Historia está llena de grandes criminales!

—Pero no tanto como ustedes. En cuanto a usted, no predice ni adivina nada, sino que es usted mismo quien provoca esos desastres que previamente dice haber conocido por medio de sus grandes poderes sobrenaturales. Primero anuncia las desgracias, accidentes y diversas hecatombes; luego, utilizando a Boskov y a algunos hombres como éstos, las provocan ustedes mismos. Por ejemplo, la catástrofe en el aeropuerto de Chicago no fue accidental, sino preparada por ustedes. Y lo mismo la epidemia de efectos gastrointestinales en el Sur de Arizona; y el descarrilamiento de un tren de mercancías en Arkansas; e incluso la explosión en las instalaciones de la calefacción a gas en una escuela, donde fallecieron catorce niños... ¿No es así? Primero, la predicción, para adquirir fama de vidente infalible, de... futurólogo; y luego usted y su grupo de criminales amigos hacían que se cumpliera la predicción, por medio de sabotajes y acciones criminales de toda clase. Y así llevan meses haciendo cosas de éstas, siempre buscando el objetivo final: que se le tenga a usted por un auténtico, asombroso vidente infalible. Lo que no me cabe en la cabeza es que

los rusos hayan aceptado participar en unos planes tan absolutamente criminales.

—Quizá no participen —sonrió Abenamar Edgewater.

—Entonces, ¿qué pinta ese ruso, Boskov, en todo esto?

—Me pareció que para mis planes, y sobre todo para la parte final, era mejor un ruso que un americano. Así que busqué al hombre adecuado, un hombre al que no le importase el asesinato y que estuviese dispuesto a realizar la última gran jugada.

—En Washington, ¿no es así? Y relacionada con esos diplomáticos a los que sus amiguitas llevan a la cama y los complacen sólo para conseguir duplicados de las llaves que lleven encima. Por supuesto, llaves de embajadas, consulados, legaciones... ¿Cierto?

—Cierto —rió Abenamar—. Pero siga usted, siga, señor Wolf.

—Usted está preparando una gran operación final en Washington que requería previamente el anuncio de un cataclismo sísmico... y ahora sé por qué. Lo que usted quiere es que los ciudadanos de Washington, ya convencidos de sus grandes poderes para predecir catástrofes, abandonen la ciudad de Washington antes de que se produzca el cataclismo. Así que se encontrará usted con una ciudad vacía... cuyas embajadas de muchos países podrá desvalijar, entrando en ellas utilizando las llaves conseguidas por sus muchachas. Todos sus hombres, al mando de Boskov, tomarán parte en la operación, lo robarán todo... Es decir, todo lo importante, claro.

—¿Y qué es lo importante, señor Wolf? ¿Dinero?

—Desde luego que no. Si quisiera dinero habría planeado el asalto a un banco, o al mismísimo Fort Knox.

Pero no quiere dinero, sino documentos... Todos los documentos que pueda requisar en todas las embajadas. Así que esa noche sus hombres provocarán el cataclismo sísmico...

—¿De veras? ¿Y de qué modo, señor Wolf?

—No lo sé, pero sé que conseguirán engañar a la población de Washington, hacerles creer que se produce el cataclismo, para que todos salgan huyendo... si es que alguien se había atrevido a permanecer en la ciudad a la hora señalada por usted como de la gran catástrofe. No sé cómo, pero provocarán ese cataclismo de los demonios...

—¿Tal vez haciendo explotar quinientas pequeñas cargas de explosivo plástico distribuidas por el alcantarillado de la ciudad previamente, y conectadas todas a un dispositivo de tiempo que las activaría simultáneamente? —sugirió malignamente el Gran Brujo.

—Hijo de puerco... —jadeó Norton.

—Si no tuviera otras cosas en que ocuparme, señor Wolf, le dedicaría unos minutos para hacerle arrepentirse de sus palabras. Pero estoy muy ocupado...

—¿Cree que no será descubierto el truco de las cargas explosivas en el alcantarillado? —se burló Norton—. ¡Qué iluso!

—Sé muy bien que el truco será descubierto, pero, cuando yo habré conseguido ya mi objetivo, señor Wolf, y entonces ya nada tendrá importancia. Ni siquiera tendrá importancia que la CIA acuse a los rusos de esa acción, o que sean los rusos quienes acusen a la CIA de haber dado un golpe maestro para hacerse de una sola vez con la información contenida en todas las embajadas y consulados... El hecho cierto será que todo estará en mi poder, y que a partir de ese momento podré ser tan rico como quiera. ¿Cuánto cree que podré conseguir vendiendo información de unos a otros, o simplemente chantajeando a cada país con la amenaza de pasar ciertos documentos suyos a otros países? ¡Podré conseguir todo el dinero que quiera!

—A costa de un montón de asesinatos, incluidos catorce niños —jadeó Norton Wolf.

—¿Y qué me importan a mí esas personas? Ya me está usted aburriendo, señor Wolf. Le creía más... provisto de sentido del humor, y sobre todo, más realista. En fin, tal como están las cosas ya no tenemos nada más que hablar: las cargas están colocadas ya en el alcantarillado, todos los hombres reunidos en el «Titán», usted y la señorita Marlin pronto serán eliminados... y mañana o pasado yo lanzaré la advertencia de que el cataclismo será tal día a tal hora... ¡y podré disponer de toda la ciudad de Washington! Adiós, señor Wolf... ¡Hasta nunca! Elmer, tú ve con ellos, vigilando especialmente al señor Wolf... ¡Y no quiero fallos esta vez!

—Descuide, señor. ¿Podré matarlo yo, cuando ya estemos en el barco?

—¿Por qué no? —rió el Gran Brujo—. ¡Es todo tuyo! ¡Pero quiero esa nota dirigida a la CIA!

Norton Wolf fue desatado de los pies, y sacado de la cama. Poco después, metido en el asiento de atrás, entre Elmer y uno de los hombres de Boskov, viajaba en un automóvil hacia el Sur, hacia Port Republic, donde estaba el «Titán».

Mientras tanto, Abenamar Edgewater, el Gran Brujo, llamaba por medio de la radio al barco, para ponerse en contacto con David Boskov.

* * *

David Boskov miró su reloj de pulsera, y dijo:

—Ya ha pasado el tiempo suficiente desde que Abenamar me llamó, así que deben estar al llegar. Vamos a subir a cubierta, camarada Marlinkof, para que Wolf la vea. Y nada de tonterías.

—¿Qué tonterías puedo hacer, con las manos atadas? —Las mostró Mary Marlin.

—Tengo entendido que sus piernas son temibles... Pero tenga cuidado conmigo, se lo advierto. Venga, camine. No quisiera que ese imbécil de Wolf buscase complicaciones por no verla a usted en mi poder...

CAPÍTULO VIII

Desde el coche, detenido cerca del embarcadero, Norton Wolf vio perfectamente a Mary Marlin cuando apareció en la cubierta acompañada de Brownell-Boskov. Y también vio a varios hombres más.

—¿Qué? —se burló Elmer—. ¿Convencido?

Norton asintió, y Elmer ordenó al conductor que se dirigiese hacia el hotel donde se habían alojado Mary y Norton en Port Republic, y donde según Norton habían dejado la nota para la CIA. Mientras se alejaba, Norton volvió la cabeza, y a través del cristal zaguero del coche todavía pudo ver a Mary Marlin, como una sombra lívida en la noche, en la cubierta del «Titán»...

—Deja de mirarla —rió Elmer, dándole un feroz codazo en el costado—. Y aclárame eso de que la nota está en la conserjería del hotel. Maldita sea, ¿habéis dejado ahí una nota dirigida a la CIA?

—No. Va dirigida a un primo mío que vive en Richmond, y dentro del sobre dirigido a mi primo, está el dirigido a la CIA.

—Muy listo. ¿Cómo se llama tu primo?

—Reginald Oversham. Su madre y mi madre eran hermanas.

—Oye, no nos cuentes tu vida, ¿quieres? Todo lo que tenías que decir ya lo has dicho. Así que cierra la boca.

—Es que tengo algo más que decir...

—¡Que cierres la boca!

Siete minutos más tarde, Elmer regresaba del hotel, se sentaba de nuevo junto a Norton, y mascullaba:

—No han querido entregarme ese sobre. Dicen que, conforme a las instrucciones del señor Wolf y la señorita Marlin, debe ser devuelto exclusivamente a uno de ellos, o bien, ser cursado dentro de dos días si no aparecen a recogerlo. Eres muy listo, ¿eh, Wolf?

—Si me hubieras dejado hablar, te lo habría dicho —se burló Norton.

Recibió otro codazo en el costado, y luego un empujón.

—Venga, vamos a buscarlo los dos, tío listo.

—¿Con las manos atadas? —recordó Norton—. Bueno, allá vosotros si queréis que el conserje avise a la Policía en cuanto salgamos del hotel.

Elmer se quedó mirándolo con desconfianza, que por cierto estaba más que justificada, dada la habilidad luchadora de Norton Wolf. Pero tuvo que decidirse.

—Iremos los dos contigo —dijo, comenzando a desatarlo—. Y si quieres jaleo, habrá jaleo. No nos importará liquidar al conserje o a quien sea ahí dentro. ¿Está claro? Y piensa en la chica.

—Si no pensara en ella ya te habría arrancado los ojos a mordiscos, guarro —masculló Norton.

Elmer le dio otro codazo, más fuerte que los anteriores, y, riendo, terminó de desatar sus manos.

—Y si te preguntan qué te ha pasado en la cara, di que has tropezado con una puerta, ¿de acuerdo? ¡Je, je, je!

Salieron los tres del asiento de atrás, dejando al volante a uno de los amigos de David Boskov, que al quedar solo encendió un cigarrillo, y miró con cierta aprensión a su alrededor. Parecía que Norton Wolf y la chica decían la verdad, pero nunca se sabe... No hubo problemas, sin embargo, y tres minutos más tarde Wolf, Elmer y su compañero Abel salían del hotel, caminando tranquilamente hacia el coche, los dos últimos con la mano derecha dentro del bolsillo de ese lado de la chaqueta.

El tipo del volante puso el motor en marcha. Llegaron los tres, y Abel comenzó a rodear el coche para entrar por el otro lado, mientras Elmer empujaba a Norton hacia el interior del coche.

Norton Wolf entró.

Y su acción fue tan inesperada, tan audaz, pero sobre todo tan increíblemente absurda, que el hombre del volante no tuvo tiempo de nada, se quedó como quien ve visiones... Simplemente, al entrar inclinado en el coche, Norton Wolf giró hacia el conductor, se echó un poco hacia él, pasó el brazo derecho por delante de su pecho, su mano llegó a la pistola metida en la funda axilar, y tiró de ella.

En ese mismo instante Elmer entraba, también inclinado. Oyó la

exclamación del hombre del volante, presintió algo viendo la rapidez de movimientos de Norton Wolf, y, en ese mismo instante Norton se dejaba caer en el asiento de atrás, de costado izquierdo, y disparaba su pierna derecha. El patadón acertó de lleno en los genitales a Elmer, que lanzó un berrido y salió despedido fuera del coche, rodando por el suelo.

El llamado Abel abría la portezuela en aquel mismo instante, y metía la mano derecha, ya con la pistola, en la parte de atrás... La bala disparada por Norton Wolf le acertó de lleno en el pecho, y pareció que el hombre recibiese una coz, con tal ímpetu fue lanzado lejos del coche.

Norton colocó rápidamente la punta de la pistola en la nuca del conductor.

—Arranca... ¡Que arranques te digo!

El coche saltó, todavía con las portezuelas de atrás abiertas, y se alejó rápidamente de delante del hotel. Norton Wolf no miró hacia atrás en ningún momento, toda su atención estaba en el hombre que conducía el coche, y del cual veía su mejilla derecha, ahora del color de la leche.

—Ve hacia el embarcadero —ordenó.

Una de las portezuelas se había cerrado sola. Norton cerró la otra, y se acomodó en el asiento. Sólo entonces se dio cuenta de la locura que había cometido... y de lo milagroso que resultaba que le hubiera salido bien. Le pareció oír una sirena policial en alguna parte por detrás del coche, y volvió un instante la cabeza, pero no vio nada. Seguramente, la Policía acudía al hotel...

—Para ahí, delante de esa casa —ordenó, echándose hacia delante en el asiento.

—Pero aún no hemos llegado a...

—Te digo que pares.

El hombre obedeció. Y no tuvo tiempo de nada más. Norton le golpeó con la pistola en la cabeza, y el hombre cayó sobre el volante, rebotó, y quedó tendido de lado a lo largo del asiento delantero, con un manchurrón de sangre manchando el tapizado, rota la cabeza.

Norton Wolf salió del coche, metió la mano izquierda dentro, y paró el motor, que continuaba encendido. Luego, se metió la pistola en un bolsillo, y echó a andar rápidamente hacia el embarcadero.

Tenía que llegar al «Titán» antes de que la Policía se enterase de nada por medio de Abel o de Elmer, si es que atrapaban a éste o aquél había quedado vivo tras el balazo en el pecho. Como fuese, tenía que llegar al «Titán» antes de que en éste cundiese la alarma que sin duda provocaría su fuga. Porque si él había escapado ya no tendría objeto para Boskov mantener viva a Mary Marlin...

* * *

Mary Marlin comprendió que las cosas se habían complicado muchísimo en cuanto vio aparecer a David Boskov, seguido de uno de los ocupantes del «Titán», cuyo ceño fruncido evidenciaba también una honda preocupación.

Boskov la señaló.

—Llévala al bote, mientras yo recojo unas cosas... ¡Y di que zarpen de una maldita vez! ¿Qué demonios están esperando?

—Saldremos enseguida —aseguró el hombre—. ¿Adónde piensas llegar con el bote, David?

—Sólo hasta donde me recogerá el helicóptero que Abenamar ha enviado ya en mi busca, y que de ninguna manera tiene que ser visto cerca del «Titán». Vosotros seguiréis navegando hasta la salida de la bahía, reglamentariamente, procurando no cometer alguna infracción o cualquier maniobra que llame la atención sobre vosotros antes de hora. Cuando salgáis a mar abierto colocad la carga para hundir el «Titán», y el yate os recogerá para llevaros lejos y ponerlos a salvo hasta nueva orden... ¡Maldita sea, tanto tiempo preparándolo y todo se ha ido al infierno por culpa de ese maldito Wolf...! ¡Maldito sea mil veces! ¡Debe haber ido con el cuento a la Policía, por fin, para que avisen a la CIA!

—¿Cómo habrá podido escapar. Iban tres hombres con él...? ¿Cómo demonios habrá podido escapar?

—¡Y yo qué sé! ¡Lleva a la chica al bote, deprisa...! ¡Ah, por fin! —aulló.

Los motores del «Titán» se habían puesto en marcha, todo el casco retembló unos instantes. El atleta que acompañaba a Boskov se cargó en un hombro a Mary Marlin, y subió a cubierta con ella, mientras Boskov desaparecía hacia el interior del barco.

Arriba, en cubierta, el hombre cargado con Mary Marlin se

dirigió hacia popa, donde el bote neumático que utilizaban para pequeños desplazamientos oscilaba suspendido de los cables que pasaban por las poleas. El bote quedaba casi a la altura de un hombre, y el que cargaba con Mary no tuvo miramientos ni se complicó la vida, descargando a la muchacha con un gesto de su hombro que la tiró rudamente dentro del bote.

Sin más, el hombre acudió a ayudar a sus compañeros... mientras Mary Marlin tenía que morderse los labios para no lanzar un grito que hubiera expresado su grandioso asombro al ver ante su rostro el de Norton Wolf, el cual se llevó un dedo a los labios, y acto seguido guiñó un ojo. Luego, volvió a cubrirse con el trozo de lona, y Mary Marlin se quedó turulata, sin saber qué hacer, convencida de que había soñado. Pero no. Había visto perfectamente a Norton Wolf, al parecer desnudo, y ahora estaba bajo aquella lona...

La cabeza de él reapareció.

—¿Es Boskov quien va a llevarte a alguna parte con este bote? —preguntó.

—Sí... un helicóptero lo recogerá...

Se oían los motores del barco, voces de algunos hombres, el rumor de la marcha sobre las quietas aguas. Pero también pudo Norton Wolf escuchar la rápida explicación de Mary Marlin, mientras se dedicaba a soltar las ligaduras de sus manos, y luego de sus pies.

—No te muevas de ahí, quédate así, como si todavía estuvieras atada. ¡Y no hagas nada cuando Boskov venga aquí!

—Pero... ¡Dios mío! ¿Cómo has podido llegar hasta aquí?

—Pues metiéndome en el agua y escalando luego la popa por un cabo de las amarras. No sabía cuántos hombres había a bordo, y me pareció que debía enterarme antes de intentar nada para sacarte de aquí.

—¿Te has arriesgado tanto... por mí?

—No —gruñó Norton—, por ti no: ¡por tu abuela!

—¿Has avisado a la Policía?

—¿A la Policía? ¿Para qué?

—¡Oh, Dios mío! ¡No podremos escapar sin ayuda, ya lo verás...!

—Lo que habría visto habría sido tu cadáver si me presento aquí con un montón de tipos uniformados —masculló Norton—. Lo primero era sacarte de aquí. Luego, ¡ya verás cómo estos tipos no

escaparán, tengan o no un yate para la retirada! Y ahora, cállate y quédate ahí quietecita. Mejor dicho, colócate contra mí, de modo que acabes de ocultarme...

David Boskov saltó a la lancha unos tres minutos más tarde, cuando el «Titán» había navegado ya más de dos millas, y el bote comenzaba a ser arriado, tras el giro de las poleas hacia estribor. Mary Marlin permaneció inmóvil mientras el bote bajaba. Oyó el impacto en el agua, la tracción que la hizo moverse... El bote quedó a popa y estribor del barco, girando, con el motor fuera borda como centro de la circunferencia que describía. Boskov puso en marcha el motor, enfiló el mismo rumbo que el «Titán», y poco después pasaba junto a éste, navegando hacia el Sur, en busca de mar abierto.

Muy pronto el «Titán» quedó atrás, y entonces Boskov comenzó a reír. Miró a Mary, vio su expresión de asombro a la luz de la luna, y todavía rió más.

—¿Qué? ¿Te sorprende que ría?

Ella no contestó. Boskov miró la hora en su reloj de esfera luminosa. Por supuesto, no pensaba encender luz alguna hasta el momento convenido... que ya no estaba lejos.

—Debería haberte dejado en el barco con esos idiotas, pero quizá todavía puedas resultarnos útil, camarada Marlinkof. Si las cosas se ponen definitivamente mal, podrías servirnos de rehén hasta el final... ¡Tanto tiempo preparándolo todo y ahora se ha malogrado el magnífico plan por culpa de un solo entrometido...! ¡Si pudiera ponerle la mano encima a Wolf! ¡Si alguna vez...!

Se interrumpió, y ladeó la cabeza. Mary Marlin también oyó, un par de segundos más tarde, el rumor de un helicóptero, que al poco apareció, procedente del Norte.

—Bien, ahí llega Abenamar —masculló Boskov—. Tu amigo Wolf nos hizo una mala jugada en Port Republic, pero aunque uno de mis hombres quedó muerto en el acto, Elmer pudo avisar por teléfono a Abenamar a la villa, de modo que hemos podido organizar la fuga, pues Abenamar me avisó por la radio... ¡Maldito Wolf que el demonio se lleve!

Mientras mascullaba sin parar, Boskov había parado ya el motor del bote, y había sacado una linterna de la maleta que había trasladado a aquél, y en la que Mary alcanzó a ver fajos de billetes.

Con la linterna, Boskov hizo unas señales, que enseguida fueron contestadas del mismo modo desde el helicóptero. Boskov apagó la linterna, y se inclinó sobre Mary Marlin.

—Te voy a desatar para que...

Quedó mudo de asombro y de espanto al ver aparecer el rostro de Norton Wolf de debajo de la lona. Mudo y paralizado, David Boskov no pudo hacer nada para defenderse del tremendo directo que le disparó Norton Wolf a la barbilla, y que lo tiró de espaldas sobre el borde del bote, casi fuera de éste. Comenzó a chillar cuando se sintió agarrado por un pie, y su mano derecha se movió en busca de la pistola, metida en la funda axilar. Consiguió empuñarla, pero para entonces Norton lo había metido de nuevo en el centro del bote de un tirón, y de otro tirón le arrebató el arma, cuya punta metió en la vociferante boca del ruso, que se atragantó y enmudeció.

—Eres un histérico, ruso... —jadeó Norton—. ¡Coño, qué manera de gritar! Pero ahora vas a estarte calladito, ¿verdad?

David Boskov permaneció calladito, tal vez porque no podía ser de otro modo, ya que el cañón de la pistola dentro de la boca le impedía proferir sonido alguno. Su rostro aparecía desencajado, y los ojos sobresalían brutalmente de las órbitas.

—Muy bien, valiente —dijo Norton—. Ahora te vas a poner en pie, y vas a hacer señas amistosas a ese helicóptero, como si nada ocurriese, para que se acerquen a recogerte. Primero subirá Mary, y luego yo, como si fuésemos tus prisioneros... y si haces algo que no me guste no sé qué pasará, salvo una cosa: te volaré la cabeza de un balazo. ¿Está claro?

Retiró la pistola de la boca de Boskov, y éste se puso en pie. La pequeña embarcación oscilaba suavemente. El helicóptero estaba ya muy cerca, y Boskov comenzó a gesticular con los brazos... Fue justo entonces cuando Norton alcanzó a distinguir dentro del helicóptero la gran mole blanca, y exclamó:

—¡Atiza, el Gran Brujo en persona viene a recoger a su cómplice criminal...! ¡Pues ya no hace falta que yo suba al helicóptero para que me lleve a la villa! ¡Mira qué bien!

El helicóptero estaba ya muy cerca, su rugido ahogaba las palabras de Norton Wolf, el agua se rizaba ahora fuertemente en círculos que se ensanchaban rápidamente. Además del Gran Brujo

iba otro hombre en el helicóptero, encargado de pilotarlo, y que maniobró para que el aparato descendiese muy cerca del bote... Boskov seguía moviendo los brazos. La puerta de detrás de la del piloto se descorrió hacia popa, y en el hueco destacó ahora perfectamente la mole de Abenamar Edgewater.

Su voz resonó como un trueno:

—¡Lo siento, David, pero todo está perdido, con ese Wolf suelto por ahí! ¡Adiós, David!

La luz de la luna, que parecía enloquecer sobre las aspas del helicóptero, se reflejó un instante en el cañón del potente rifle que apareció en las manos del Gran Brujo. El tremendo estampido fue perfectamente audible, y también el grito de dolor y furia de David Boskov, que fue arrancado del bote y lanzado al agua pasando por encima de Norton y Mary.

Ésta gritó, mientras Norton extendía el brazo, apuntaba un instante, y disparaba. Les llegó el alarido del Gran Brujo, y acto seguido sus chillidos dando órdenes al piloto, que emprendió una rápida ascensión...

En aquel instante se produjo la explosión en el «Titán», que navegaba a poco más de una milla de distancia de allí. Primero se vio la gran llamarada, y a los pocos segundos, mientras el helicóptero seguía subiendo, llegó el estampido, como el retumbar de un millón de rocas. El estampido pasó, pero el resplandor rojo quedó como colgando del cielo, iluminando el helicóptero, que ahora regresaba hacia el pequeño bote donde dos periodistas, aterrados, comprendían un nuevo acto criminal, ahora perpetrado por Boskov, que había activado las cargas explosivas del «Titán» antes de marcharse, engañando a sus hombres, asesinandolos...

Del mismo modo que el Gran Brujo había asesinado a Boskov... y que ahora volvía, dispuesto a eliminar a Norton Wolf y a Mary Marlin, y a hacerse cargo de la maleta con el dinero sacado del barco por Boskov.

Dos balas silbaron cerca de Norton Wolf antes de que éste calculase que el helicóptero, que ahora parecía de metal al rojo vivo debido al resplandor del incendio del «Titán», se hallaba a tiro de la pistola.

Entonces, simplemente, Norton Wolf disparó contra el aparato. Una vez, dos, tres... No llegó a disparar la cuarta, porque una bola

de negro humo se desprendió de pronto del helicóptero, que experimentó una fuerte sacudida. Tan fuerte que, por la portezuela abierta y desde la cual estaba disparando con el rifle el Gran Brujo, éste salió despedido fuera del aparato, soltando el rifle y lanzando un aullido ronco y prolongado.

—¡Allá va el pajarraco! —exclamó Norton.

Acto seguido, quedó boquiabierto contemplando el inesperado e insólito espectáculo que se produjo. Parecía que Abenamar Edgewater fuese a estrellarse en el agua, pero, de pronto, su *sari* blanco se hinchó, pareció convertirse en un globo, y el farsante criminal vio frenada su caída, que continuó ahora lentamente pero con bruscas sacudidas.

Norton y Mary estaban boquiabiertos. Parecía un espectáculo de circo. El enorme brujo descendiendo como en paracaídas, con las piernas al aire, iluminado por el lejano incendio del «Titán». Y por encima de él, el humeante helicóptero... en el que se produjo de pronto una explosión, apareció más humo negro, una llamarada roja... y el aparato, casi justamente encima del Gran Brujo, comenzó su caída como una piedra, girando todavía su gran aspa reluciente.

Por un instante, Norton Wolf barruntó lo que podía suceder, pero lo desechó rápidamente. Claro que no: las aspas no tenían ya suficiente fuerza para partir en dos el corpachón de Abenamar Edgewater si es que llegaban a alcanzarlo... Claro que no.

Pero sí tuvieron la suficiente fuerza para cercenar su cabeza. Como si el cuello fuese de mantequilla, una de las aspas lo segó durante la veloz caída del helicóptero pasando muy cerca del globo humano. La cabeza saltó hacia un lado, y un grueso surtidor de sangre brotó hacia arriba, mientras el cuerpo seguía descendiendo lentamente. Mary Marlin ocultó el rostro entre las manos, el helicóptero cayó con gran estruendo al agua, alzando una nube de espuma caliente, y, por fin, contemplando el decapitado cadáver que seguía descendiendo hacia el mar, Norton Wolf pudo reaccionar.

—Chocante... —dijo, maravillado—. Le pediré que me enseñe ese truco... ¡Chocante en verdad!

Este es el final

—Caray, Jim, ¡no podrás quejarte! —exclamó Norton Wolf—. ¡No es moco de pavo un contrato de mil semanales, para empezar! ¡Y todo gracias a mí, porque si yo no hubiera...!

—¿Me permite un momento, señor Merrywale? —pidió finamente Jim Oversham a su jefe, con el que acababa de firmar un contrato en su propio apartamento—. Tengo algo que hacer.

—Claro que sí, muchacho —sonrió el señor Merrywale, poniéndose en pie—. Además, ya no tenemos nada más que hablar, todo está dicho y firmado... Lo mejor será que me vaya. ¡Lo que me río cuando me acuerdo del truco que empleó Norton! ¡Qué granuja!

—Sí —sonrió de oreja a oreja Jim Oversham—, un granuja simpático, ¿verdad?

—En cambio, tú eres un traidor y un desagradecido —dijo Norton Wolf—. Después de lo que hice por ti, escribes ese maldito reportaje por tu cuenta, no me dejas firmar contigo, y resulta que consigues el éxito del año. Pero claro, después del follón que organizaste en Chesapeake Beach con el FBI y todo eso te has hecho más famoso que Frank Sinatra, así que... ¡así cualquiera! Y ahora, encima, un contrato, la fama... ¡Y todo gracias a mí!

—Norton —sonrió melosamente Jim Oversham—, tengo un obsequio para ti. Vamos a la puerta con el señor Merrywale, lo despedimos afectuosamente, y ya verás qué bien.

Fueron los tres hacia la puerta del apartamento de Jim Oversham, éste abrió la puerta, se despidió del señor Merrywale con caluroso y afectuoso apretón de manos, y, acto seguido, justo en el momento en que Mary Marlin salía del ascensor cargada con paquetes de comestibles, asió a Norton Wolf por una oreja, tiró de ésta hacia la puerta, sacó a Wolf al pasillo, sin hacer caso de sus gritos de protesta, y, finalmente, le largó un soberbio puntapié en las posaderas que lo hizo caer de bruces al suelo, ante los pies del

atónito señor Merrywale.

—¡Y si vuelvo a verte ante mí diciendo que te debo algo, cochino gandul y aprovechado, la patada te la daré en otro sitio! ¿Te has enterado? ¡Hombre, pero si está aquí la señorita Marlin! ¿Qué tal, señorita Marlin?

Se acercó a ella, la abrazó estrujando entre ambos cuerpos los paquetes con provisiones, y la besó en la boca; sentado en el suelo, Norton Wolf los miraba iracundo, mientras el señor Merrywale comenzaba a sonreír. Y todavía estaban los dos así cuando, tras el beso, Jim Oversham y Mary Marlin entraron en el apartamento del primero, que cerró la puerta y dijo:

—De modo que te has invitado a cenar... ¿Y qué? ¿Cómo es tu nuevo apartamento?

—Te mentí —dijo Mary—. No he buscado apartamento.

—¡Vaya...! ¿Y eso por qué?

—Es que me gusta éste.

—Un momento, un momento —refunfuñó Jim—, ¡nada de eso, ricura! ¡Éste es *mi* apartamento, y no pienso dormir ni una sola noche más en el sofá! Y te diré otra cosa: si yo no fuese un muchacho educado y amable podría partirte la cara por mucho karate que sepas, así que ya basta de pitorreo. Te lo consiento todo, ¡pero en el sofá va a dormir tu abuela!

—Bueno —dijo Mary—. Y nosotros podemos dormir en la cama.

—¿Juntos o por turnos?

Mary Marlin, que había dejado los paquetes, soltó una carcajada, y se colgó del cuello de Jim Oversham.

—¡Qué cosas se te ocurren! —exclamó—. ¡Juntos, naturalmente! Y si quieres, podemos empezar ahora mismo... ¿Qué te parece?

—Es que sólo son las cinco y media de la tard...

Eso fue todo. El resto, se lo dijeron mucho rato después.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...